

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

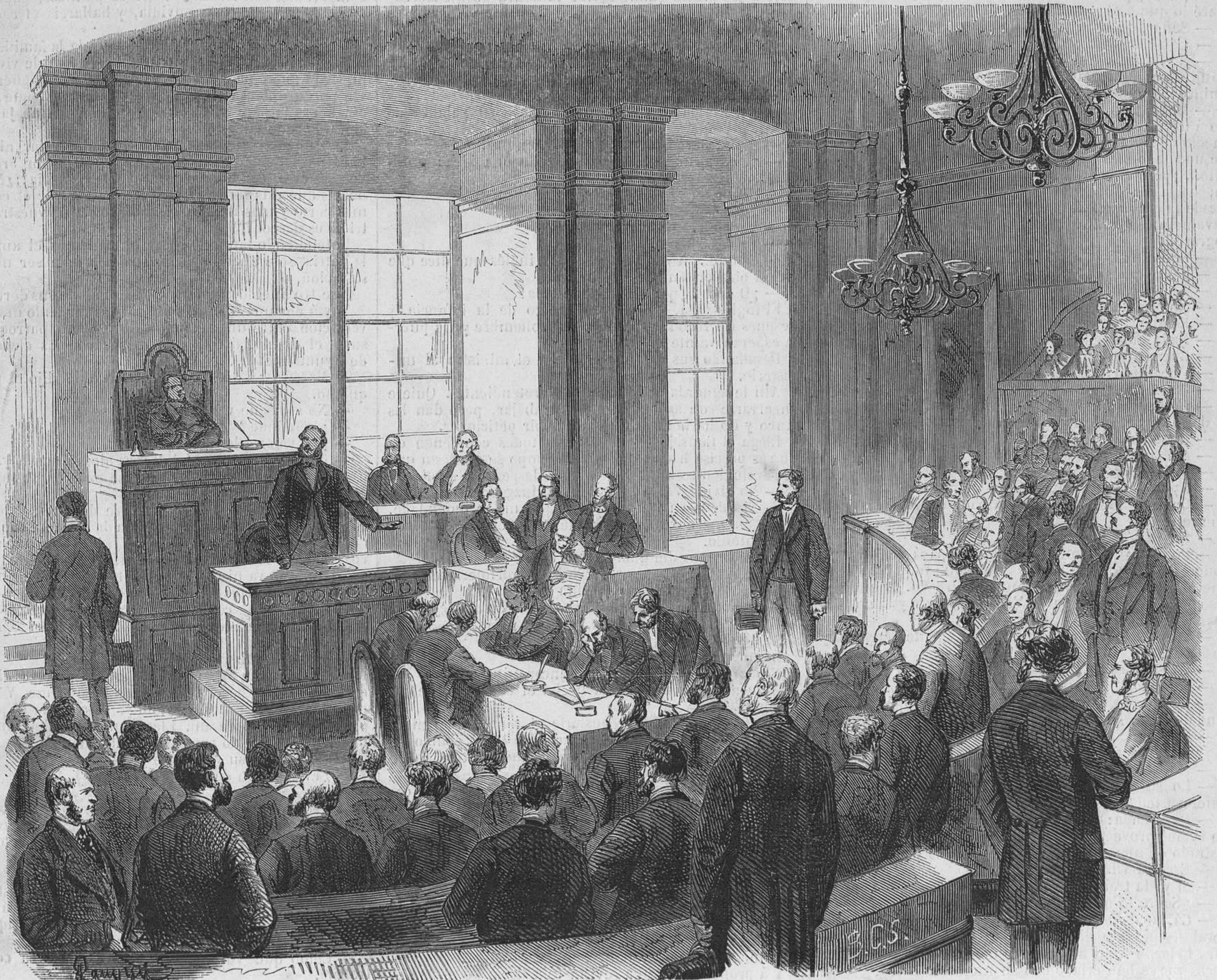
AÑO 28. — N° 836.

SUMARIO

La Cámara de los Señores en Viena; grabado. — Revista española. — El Voluntario; grabados. — Berryer; grabado. —

Revista de París. — Poesía. — Monseñor Bauer; grabado. — Bellas Artes; grabados. — El padre Jacinto; grabado. — Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freitag. —

Los grandes establecimientos de la marina imperial; grabados. — Manuela, novela original por Eugenio Díaz. — Minnie Hauck; grabado. — Un trineo del siglo XVIII; grabado.



AUSTRIA. — La Cámara de los Señores en Viena.

La Cámara de los Señores en Viena.

Representamos en la primera página de este número la Cámara de los Señores de Viena, donde se han discutido las leyes constitucionales, y cuyas sesiones han llamado la atención de todos los países civilizados. La reacción austriaca había contado con esta asamblea, cuyos miembros reasumen los principales nombres de la aristocracia del imperio, para oponer obstáculos á la marcha del nuevo régimen; pero la esperanza del partido absolutista ha salido engañada. Los hombres superiores que componen la noble asamblea comprendieron que el Austria, para regenerarse, necesitaba apelar á las libertades modernas y aceptaron el programa del gobierno constitucional.

En nuestro dibujo se ve en la tribuna al conde A. de Auersperg, noble orador que ha defendido siempre las ideas liberales y que ejerce en Austria una grande y legítima influencia. Escritor también, firma sus obras con el seudónimo de Anastasius Grun. A. M.

Revista española.

Un ministro español de la revolución de setiembre.—El amigo de la familia.—La antigua patrona.—El turrón del presupuesto.—Costumbres políticas.—La soberanía nacional y un zapatero de viejo.—Máximas morales.—El socialismo.—Trastornos.—Los voluntarios de la libertad.—La patria y la familia.—Noticias teatrales.—Felicitaciones y votos.

Los teatros están muertos, los libros no salen á luz. Reproduciré escenas de costumbres.

La opinión pública grita á todas horas:

— ¿Qué hacen los ministros?

Por si Vds. quieren saberlo voy á decírselo.

A las ocho de la mañana entra el ayuda de cámara de un ministro cualquiera, el que Vds. elijan.

— ¡ Señor!... ¡ Señor!...

— ¡ Eh! ¿quién va? (*Sin abrir los ojos.*) Está bien...

Haré lo que esté de mi parte, déjeme Vd. una nota.

— Señor, que son las ocho.

— ¡ Ah! eres tú... creí que era un pretendiente.

— No faltan... Ahí tiene V. E. desde las seis los de costumbre, aumentados con una viuda, dos huérfanos y quince cesantes.

— Mi ropa en seguida... ¡ Oh! lo que es hoy no recibo á nadie. (Empieza á vestirse.) Es necesario ver el medio de simplificar la administración, de organizarla de un modo mas sencillo. Ya hace dos meses que medito... ¡pero esos pretendientes!... Son las ocho y veinte; hasta las doce trabajaré. ¡ Hay tanto que hacer! Desde la oposición he hecho promesas, tengo ideas, la revolución exige... No recibiendo á nadie hasta las doce, lograré...

— Señorito.

— ¿Qué quieres?

— Ahí está...

— No recibo.

— Es que...

— Nada, no recibo.

— Bueno, pero trae una carta.

— ¿De quién?

— De su suegro de usted.

— ¡ Vágame Dios! Dile que pase. Será algún amigo de mi padre político, y si no le recibo...

— El señor don Pantaleón Sobreascuas.

— Adelante.

— V. E. perdonará.

— Apee Vd. el tratamiento.

— Gracias. Pues su papá de Vd. me ha encargado que venga...

— Sí, ya sé.

— Porque yo soy muy amigo de su papá de Vd.; nos conocimos siendo niños. Por cierto que fué el día 15 de enero... y hacia un día hermoso. ¡ Mire Vd. lo que son las cosas! Y á su señora de Vd. la vi nacer y tantas veces la tuve en mis rodillas...

— Sí, comprendo... pero estoy bastante ocupado y desearía...

— ¡ Ah! ya caigo... ¿hay mucho que hacer, eh?

— Sí, señor.

— Pues nada, iré al asunto derecho. Empezaré contándole á Vd. mi historia.

— Ha padecido Vd. mucho por la libertad ¿no es eso?

— Mucho; pero es preciso que Vd. sepa.

— Lo sé todo; pero vamos á ver, ¿qué es lo que quiere usted?

— Pues nada: estudié abogacía en mis mocedades, y no la he aprovechado: así es que una placita de magistrado de una audiencia me vendría de perilla.

— Escriba Vd. una nota.

— Si ya la traigo escrita, y no una sino varias.

— ¿Sobre lo mismo?

— Cá, no, señor; allá en el pueblo son todos muy liberales y me han dicho: « Ya que Vd. va, pida usted para todos. » Aquí hay catorce notas, todas de compañeros que se han criado con su mujer de usted.

— Bien; déjemelas Vd. todas; ahora estoy de prisa.

— Es que no vaya Vd. á hacer lo que todos, darles carpetazo.

— Haré lo que pueda.

— No, pues yo no me voy sin la palabra.

— Bien, hombre, bien.

— Es que yo necesito ver á la señora.

— Ahora es temprano.

— Volveré luego; ¡ pues poquito me encargó su padre que la viera! ¡ Ah! mire Vd., lo mio es lo que mas me interesa. Así es que pienso dar otra nota á la señora, y otra al ayuda de cámara, y otra á la cocinera, y otra... Que Vd. lo pase bien.

— ¡ Uf! ¡ qué hombre! Un ministro no debia haber nacido en ninguna parte, ni tener familia, ni... y si no los recibe Vd., el papá-suegro escribiría acusándome de haberme dado tono. Las nueve y media y ya he perdido el hilo: vuelta á empezar.

— Señor.

— ¿Qué es eso?

— Ahí está una señora.

— Pero hombre ¿no te he dicho que no recibo?

— Es que dice que para ella está Vd. siempre.

— ¿Quién es?

— Aquí está su tarjeta.

La señora que ha seguido al criado dice entrando:

— Soy yo ¿no me conoce usted?

— ¡ Doña Manuela!

— ¡ Ah! me ha reconocido... ¡ qué emoción! ¿no le dije yo á Vd. que para mí estaba?

— Vete. ¿Qué quiere Vd., señora?

— Cuánto tiempo hacia ya que no nos veíamos.

— Muchos.

— Fué Vd. mi mejor huésped... bien es verdad que yo no era tirana. Algunos meses le esperaba á usted.

— ¿En qué puedo servirla?

— ¡ Si Vd. supiera lo que me ha sucedido en estos quince años! Se lo contaré á usted.

— Otro día, señora... estoy muy ocupado.

— Bien; pero le diré á Vd. lo gordo.

— ¿Con brevedad, no es eso?

— Pues á mi Mercedes; ¿se acuerda Vd. aquella chica que le gustaba á Vd. tanto?

— No, pero...

— Pues bien, le ha salido un novio, y para que se case con ella, le he ofrecido un destino.

— Pero señora...

— ¡ Qué quiere Vd., los hombres son unos picarones! Solo á ese precio quiere salvar la honra de mi Mercedes. ¡ Oh! en los cuarenta que tiene de vida, ese es el único disgusto que me ha dado. Con que...

— Es imposible lo que Vd. pide.

— ¡ Imposible! ¡ Ah! ¡ no tiene Vd. corazón... ¡ ay! á mí me va á dar algo.

— Vuélvase Vd. por ahí.

— Pero la palabra; que yo me lleve su palabra de usted.

— Bien; pero ahora déjeme Vd. en paz.

— ¡ Picara mujer! Me ha quitado una idea: prosigamos.

— Señor.

— Vete con mil de á caballo.

— Es que...

— Te vas ó te...

— Es que... Ahí está el *banquero* inglés que dice que vine á ofrecer dinero al gobierno.

— ¡ Dinero! ¡ que pase! ¡ que pase!

El inglés pasa, y luego un amigo de la infancia, y despues un recomendado de un prohombre y á la puerta esperan veinte aspirantes.

Desafiando sus acometidas, llega el ministro al ministerio.

Allí le aguarda una nube de pretendientes. Quiere encerrarse con los oficiales para trabajar, pero dan las cinco y no ha hecho mas que recibir peticiones.

Llega al Consejo de ministros: todos convienen en que es preciso hacer, en que el tiempo se pasa, en que la revolución se malogra; pero al despedirse se dicen:

— No olvide Vd. mi encargo. El juzgado de término.

— Ni Vd. la vuelta al servicio de mi recomendado.

— Que me envíe Vd. la credencial del protegido de don Antonio.

— El ascenso del guardia marina.

— Sí, ya sé; que me reserve Vd. la primera secretaria de gobierno para un sobrino de...

— La administración de Correos que no me deja á sol ni á sombra el pretendiente.

Se despiden.

La mesa espera.

El lacayo. No olvide usiá mi encarguitu.

El ayuda de cámara. ¿ Ha hecho el señor lo de mi primo?

La cocinera. Hoy va á gustarle al señor la comida. ¿ Se acordó el señorito del estanco que le he pedido?

El hijo. Papá; he ofrecido un destino en tu nombre á un amigo mio.

La esposa. Hoy ha estado á verme una amiga de colegio. ¡ Qué buena es! Siento que no la hayas visto. Han dejado á su esposo cesante porque le colocó Narvaez, pero yo le he ofrecido que le repondrás.

El ministro en sueños, á las cuatro de la madrugada. Pues señor, esto va mal... es necesario poner remedio, el país se...

Hé aquí la vida de un ministro de la revolución de setiembre.

Pedirle reformas es inútil; lo mejor sería pedirle que suprimiese los pretendientes.

Y á propósito, en una revista mia decia yo el 23 del actual lo siguiente:

« Mañana y pasado, dice, la cuestión capital podrá quedar reducida á esta palabra: turrón. »

Hé aquí el dulce mas amargo que conozco. En nuestra época hace el mismo papel que la manzana en el paraíso.

Sin turrón seria España una balsa de aceite. ¿ No veis estos días la alegría en todos los semblantes? ¿ No notais qué gran predisposición hay en los españoles á la fraternidad?

Pues esto consiste, en que mas ó menos todos tienen turrón en esta época.

Los placeres de la gula están á la orden del día.

Dos ó tres banquetes acaban de celebrarse.

Mañana almuerzan juntos los ministros en la presidencia. Un día de estos deben conmemorar en un festín todos los que hace dos años fueron desterrados, la saña de que fueron objeto por parte del gobierno que mandaba entonces.

El estómago es el verdadero tirano de la humanidad. Es el que forma todas las ilusiones, el que produce todas las iras.

Preguntad á un funcionario que cobra con puntualidad una pingüe paga, preguntadle qué opina de las cosas.

— Que van divinamente, responderá. No hay un gobierno mejor que el que nos rige, ni es posible pedir mas á un país que despierta de un sueño ignominioso.

En cambio dirigiós á un cesante, su respuesta será sin duda:

— Esto se pierde, no hay salvación posible para España. Y sin embargo, en España hay grandes elementos de bienestar.

Durante estos días que habeis vivido consagrados á la familia, que habeis olvidado por un momento las estériles y funestas luchas de la política, que habeis tenido tiempo para oír á vuestras esposas, para contemplar la fácil felicidad de vuestros hijos, para enteraros de la salud de vuestros padres: ¿ no habeis experimentado dulzuras inefables, no habeis comprendido que no hay nada que iguale á los goces de la familia, á la ventura del hogar?

Comparad la paz de vuestras casas, la satisfacción de vuestros corazones, al ver reunidos en torno vuestro á los seres queridos que llevan vuestra sangre en sus venas; comparad las breves horas que habeis consagrado al hogar, con los agitados momentos de la lucha política, con el efecto de las pasiones siempre soliviantadas; comparadlos con los mismos goces políticos, goces que menoscaba siempre la envidia, y hallareis el remedio de nuestros males.

La salvación está en el sentimiento de la familia.

El padre no destruye la patria donde han de vivir sus hijos; el que ama á sus hijos no promueve la guerra civil, porque piensa en los demás padres. El que tiene esas ideas lo pide todo al trabajo, y el que trabaja es dichoso porque cumple con su deber.

Ciudadanos: vosotros que quereis arreglar al país, hacer su felicidad ¿ por qué no empezais por arreglar vuestra casa, por hacer feliz á vuestra familia? ¿ No conocéis que esta tarea parcial os llevaria por el camino mas corto y mas llano á la realización de vuestros patrióticos deseos?

Entendiendo tan mal como entendemos el amor de la patria, solo el amor de la familia puede ser nuestra salvación.

Nuestro pueblo empieza á hacer uso de sus derechos. Voy á dar una idea de su espíritu refiriendo una conversación entre un zapatero pobre y un parroquiano suyo, el día 19, día en que empezaron las elecciones de Ayuntamientos.

— Maestro ¿ á dónde va Vd. por ahí? dijo el parroquiano.

— No voy, que vengo.

— ¿ De dónde?

— ¡ De votar á los concejales!

— Nunca le he visto á Vd. mas alegre que hoy.

— Es que hoy no sé por qué me parece que soy algo en el mundo.

— Usted ha sido y es un hombre de bien, y lo que es mas, un maestro de obra prima de primera fuerza.

— Sí, pero qué se yo... no sé explicarme; hay cosas que se sienten y no pueden decirse. Mire Vd. á mí, ¿ qué me va ni me viene en todo esto? con unos y con otros haré zapatos, pero eso de que le llamen á uno pague ó no pague contribucion, eso de que antes de hacer nada cuenten con uno y le pregunten su opinion, es muy bueno.

— Esa es la soberanía nacional.

— Será lo que Vd. quiera; pero lo que yo digo es que el modo de hacer hombres de bien es ese. Y si no, pongo por caso; antes, cuando yo estaba en el portal, nadie hacia caso de mí. Llegaban unas elecciones, y nada... ya se ve, no pagaba contribucion.

— En cambio su vecino de usted...

— ¡ El zapatero de la tienda?

— Sí.

— ¡ Toma! aquel era elector, y cuando se acercaban las elecciones tenia mucho trabajo. Habia hombre que porque le votase le mandaba hacer botas para toda la vida.

— ¡ Y qué de visitas le hacian!

— ¡ Vaya! los señores le daban la mano y hasta ponian en los periódicos que no habia en parte alguna quien hiciera el calzado como él... él, que ni siquiera sabia distinguir la vaca del becerro.

— Como que Vd. era el que le acreditaba con su trabajo.

— Y tanto, aunque me esté mal el decirlo; pero vamos

al caso, uno veía lo que pasaba y se le llevaban los mismísimos diablos. Llegaba el día de votar, y mientras los electores andaban en francachelas, uno pasaba el día dale que le das á la lezna, y al fin ¿para qué? para que saliera diputado ó concejal una sanguijuela ó una hormiga, porque los diputados y concejales hacían para sí y chupaban de las demás.

— ¿Qué cosas tiene usted?

— La verdad, hombre... ¿pues qué no sabemos lo que pasa? Una cosa es que no sepamos leer de corrido, y así hablar como en los libros, y otra que no tenga uno un cacho de conocimiento... ¡Ah! pues si nosotros pudiéramos explicar todo lo que vemos y nos pasa por el magín, de otro modo andaría el mundo... yo se lo aseguro á Vd. que como volviera á nacer aprendería la gramática y de cuentas y todo lo necesario para no ser un zopenco. Pero vamos á mi cuento... Antes, uno de nuestra clase que tenía tienda, se daba mas charol con nosotros que los mismos duques; y pónganse Vds. en el caso de que uno que ha nacido rico y es noble sea fachendoso, nada tiene de extraño; pero que los que eran iguales á nosotros se dieran tono, ¿quién podía sufrirlo? Así es que nos daba una rabia, y yo mismo que me tengo por hombre de bien, decía al ver pasar á un zapatero de los de tienda: «Anda, anda, pavo real, que ya llegará el día en que los pobretones os hagamos pagar lo que ahora nos haceis sufrir.»

— ¿Qué has de hacer tú, me decía mi parienta, si no tienes mas que boca, ni ninguno de vosotros teneis pizca de vergüenza?

— Ya verás cuando se arme.

— ¡Armarla vosotros! mucho dijeron... el mejor de vosotros merecería una albarda.

— De vez en cuando iba por el portal un jóven que hacia coplas.

— ¿El que siempre le debía á Vd. dos pares de botas?

— Y las medias suelas y tacones... Era un buen muchacho, eso sí, pero algo loco... Siempre andaba mudándose de casa, no hallaba una patrona que le gustase.

— Porque todas querrian cobrarle el hospedaje.

— Sí, pero el pobrecillo no encontraba donde ganar una peseta; ni le querian en los periódicos, ni le echaban sus comedias, ni nadie le hacia caso; así es que hablaba mal de todo el mundo, y nos decía que los ricos eran unos malvados, que teníamos que repartirnos sus bienes, que llegaría el día del ajuste de cuentas, y que era necesario poner una horca en cada calle para colgar á los ministros. Mi mujer, á quien entusiasaban estas cosas, quería colgar también á los zapateros de tienda: como nosotros estábamos en un portal... Yo no sé cómo fué, pero créame Vd.; deseaba que se armase la gorda, y ya tenía apuntados los que habían de pagármelas.

— En efecto, le he oido á Vd. muchas veces hablar de sangre y de venganza.

— Era yo un... Vamos tenía una rabia... Y el día que se armó... ¡Ya ha llegado la nuestra! exclamé; en cuanto yo coja el fusil...

— Pues bien lo cogió usted.

— ¡Vaya! Pero apenas lo tuve, me sentí otro hombre ya. Anton, me dije, no te han dado esto para que te vengues, sino para que mantengas el orden. Quité mas armas aquella noche... Y mire Vd. lo que es, en el cuarto principal de mi casa vive un rico; al subir y al bajar nos saludaba; era uno de los que tenía en lista... ¿y qué hizo? Pues señor, me manda subir: subo y me entrega una caja. «Anton, aquí tiene Vd. todas mis alhajas; en su poder de Vd. están mejor que en el mio, porque como me creen rico, pueden venir á robarme. Usted es un hombre honrado y se las confío á usted.» ¡Hombre! se me saltaron las lágrimas al oírle, y yo que le tenía rencor, le dí un abrazo. «Guarde Vd. eso, le dije, que yo y todos los del barrio nos dejaremos matar antes de que entre nadie á molestarle á usted.»

— Usted tiene buen corazón.

— No, señor, pero cuando hacen confianza de uno, sería uno un villano si no correspondiese... y esto es lo que hoy me pasa. «Que vaya Vd. á votar, Anton, me dijo ayer el alcalde.» ¿Por quién? le pregunté.

— Eso Vd. lo sabrá. Ahora cada hombre es dueño de su voluntad, si acierta tanto mejor, si no en el pecado lleva la penitencia. Si Vd. se deja engañar, será señal de que no merece ser libre.

— ¿Y á quién ha votado usted?

— A los mas honrados, porque me he hecho esta cuenta. Los que viven como Dios manda y saben arreglar su casa, son los que mejor han de portarse con el pueblo. Hé ido allá, y me han tratado con toda consideración; ahora es uno una persona decente, así es que estoy contento, y ahora en vez de venganzas y de sangre, lo que deseo es paz y orden, y libertad, y trabajo, y por todo esto estoy resuelto á dar mi vida.

— Bien... muy bien, señor Anton, así es como los pueblos consolidan la libertad, y adquieren el esplendor y el bienestar que necesitan.

En el mes de diciembre ha habido alarmas en Madrid y en otros puntos.

El socialismo es la causa de todo.

Afortunadamente no tiene mas partidarios que unos cuantos pobretones.

En Madrid, puede asegurarse que los milicianos nacionales ó voluntarios de la libertad, como los llamamos, han prestado en estos días el papel principal.

¡Con qué fe, con qué abnegación abandonaban sus tareas para ir á sostener el orden!

¡Con qué noble orgullo volvian á sus hogares!

Esto parecerá pueril; pero es hermoso.

Yo declaro que he presenciado escenas de una belleza conmovedora.

En uno de los días de alarma estaba un amigo mio en su casa.

La escena pasaba en un gabinete.

Dos hermosos niños que tiene, montados en sus rodillas, jugaban con él haciendo sus delicias.

Su jóven esposa cosía cerca de aquel grupo, recreándose en la belleza de sus hijos, y en el amor que les profesaba su esposo.

En esto suena la campanilla.

— Ahí está el avisador de los voluntarios, dijo la criada.

— Que pase.

— Buenos días...

— ¿Qué le trae á Vd. por aquí?

— Pues, nada.

— Hable Vd., hombre.

— Delante de la señora, no me atrevo.

— ¿Qué pasa?

— Puede asustarse... soy prudente.

— ¡Ay! ¡Dios mio! ¿Se ha armado ya? preguntó la señora.

— Todavía no... pero los jornaleros...

— Comprendo, dijo el esposo, es preciso ir á hacerles entender la razon.

— ¡Pues! todos los de la compañía están que trinan... y como anda mucha moneda y el vino está barato... ¿me entiende Vd.? así es que el comandante me ha mandado avisar.

— Digale Vd. que voy en seguida.

Y poniendo en el suelo á sus hijos:

— Vaya, hijos míos, añadió; jugad solos, que yo voy á hacer algo por vuestro porvenir.

— ¿Ves lo que decía yo?... has hecho mal en alis-tarte.

— No, tonta... de este modo evito, con la ayuda de los demás, que se perturbe el orden, que las turbas se apoderen de la calle, que entren en casa, que te asusten, que asusten á nuestros hijos.

— ¿Y luego si te matan?

— No sucederá.

— Te pido que no vayas.

— Es necesario.

— Te lo suplico por nuestros hijos.

— Por ellos precisamente debo marchar.

— ¿Qué va á ser de mí?

— Tranquilízate, eso no será nada... vaya, mi fusil... los cartuchos.

— ¿Papá, que me compres uno fuchil?

— Y á mi otro.

— Que mates muchos hombres.

— No, que no los mate, que me da miedo.

— Adios, adios, mujer, cuídalos y no llores... hasta luego.

Ya pueden Vds. figurarse cómo se quedaria la esposa mientras los niños, uno con un baston y el otro con una escoba, hacían guardias, se batían y repetían los gritos que les ha enseñado la revolucion.

¡Qué inquietud! ¡Qué asomarse al balcon! Apenas se oía el ruido de una puerta que se cerraba, apenas se agitaba la gente.

— Adios, exclamaba, ya se estarán matando.

Y besando á sus hijos, con los ojos llenos de lágrimas:

— ¡Quién sabe, balbuceaba, si á estas horas sois huérfanos!

Al volver á casa mi amigo, disfrutó una de esas satisfacciones que no pueden explicarse.

Su esposa, sus hijos, la criada, todos salieron á su encuentro. ¡Qué alegría!

— ¡Ah! qué peso me has quitado de encima, decía la esposa; en tanto que los chicos rodeándole exclamaban:

— Papá, yo tambien he matado mucha gente.

— Dí que no, que él no sabe.

— Trae el fuchil.

— ¡Viva Pin y Serrano!

— Vaya, hijos míos, dejadme descansar... ¡Uf! hemos andado mucho. Muchacha, toma el fusil y ponlo en mi cuarto... ¡eh! cuidadito, que está cargado.

— Yo lo quero... yo lo quero...

— Apartaos, que puede dispararse... ¡Vaya! ya estoy tranquilo... no hay nada, y la libertad está asegurada. Venid, hijos míos, venid á caballo... Corre, borriquito, que vamos á Belen... ¡Qué hermosa es la familia cuando se refleja en ella el amor á la patria, cuando es su garantía!

La empresa del Teatro Nacional de la Opera ha quebrado, los artistas han tenido que irse con la música á otra parte.

En la Zarzuela se ha estrenado una magnífica comedia de Estebaner, titulada *No hay mal que por bien no venga*.

En los demás teatros hay gran desanimacion.

Este es, si no me engaño, el octavo año que tengo el gusto de entenderme con los lectores del *Correo de Ultramar*.

Ya vamos siendo viejos amigos.

No extrañarán por lo tanto que los quiera mucho y les desee todo género de felicidades en el año 69, que empieza mañana.

En cambio les suplico que hagan votos porque este desventurado pais en que yo vivo se cure radicalmente de sus crónicas convulsiones.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de diciembre de 1868.

El Voluntario.

NOVELA.

(Continuacion. — Véase el N.º 835.)

Ya era de noche cuando recobró el conocimiento, Miguel echó una mirada en su derredor, tratando de orientarse y de adivinar en dónde estaba. ¿Encontrábase aun entre los suyos? ¿Le habían hecho prisionero los enemigos? Recordaba el terrible fuego, las balas que diezmaban el batallon. Deslizábase sobre la tierra que una lluvia menuda que había caido despues del combate había puesto húmeda. El cielo estaba negro de nubarrones. Miguel no podía distinguir en aquella sombra mas que formas vagas, extendidas aquí y allá; siluetas de árboles, y como abultada por la noche, á pocos pasos una carreta atascada, rota sin duda y que le pareció enorme. Quiso levantarse y sintió en la cabeza como un gran vacío. Haciendo un esfuerzo se arrodilló: sus ojos se acostumbraban á aquellas tinieblas. Ahora veía que las formas extendidas eran heridos ó cadáveres. A lo lejos, ninguna centinela, ningun ruido. Estaban abandonados.

— Vamos, dijo Miguel, no soy prisionero.

Se sentía muy débil: su sangre había debido correr en abundancia. Procuraba levantarse; era lo mas urgente. Maguncia no distaba mucho, y siguiendo la orilla del Rhin, llegaría pronto, quizá antes de amanecer. Habían debido batirse cerca de Lanbenheim. Pero ¿y si se engañaba? ¿Y si caía en las avanzadas de los prusianos? Y luego tambien ¿tendría fuerza para arrastrarse?

Habíase levantado y como sentía que la cabeza le daba vueltas, se apoyaba en un árbol. Muy luego le pareció que oía murmurar allí cerca palabras francesas, en vueltas en gemidos.

— ¿Quién está ahí? preguntó Miguel: ¿estais herido?

No respondieron. Miguel tuvo la idea de que las confusas palabras que acababa de oír salían de una boca agonizante.

— ¡Pobre diablo! pensaba: ¡morir ahí!

Titubeando se había acercado al lugar de donde se exhalaban aquellos gemidos. Sentía un alivio muy grande, sentía que le volvía la vida poco á poco. Miraba los muchos muertos que había tendidos en el suelo, y en aquella noche sin estrellas había sabido reconocer á los prusianos y á los franceses. A dos pasos de la carreta se detuvo.

— ¡Socorro! le dijo en francés una voz débil, la voz que había oido antes.

Adelantóse, asíó al acaso una mano que le alargaban, y que se crispó al tocar la suya.

— ¿Sois francés? le preguntaron.

— Sí, ¿y vos?

— Yo tambien.

— ¿En dónde estais herido?

— Aquí... en el costado... una bala...

— ¿Podeis andar?

— Lo probaré.

Miguel se había inclinado sobre el herido, y ayudándole á levantarse, le tenía por debajo de los brazos, y le decía:

— ¡Valor! ¡Un esfuerzo!...

— ¡Diantre! exclamaba el otro; no es fácil... ¡Ah! gracias, señor.

La palabra *señor* hizo estremecer al voluntario: seguramente era un enemigo el hombre á quien socorría. Un francés le habría llamado *ciudadano*.

— Veo, le dijo, que no podeis llegar conmigo á Maguncia.

— ¿Y por qué?

— Quizás van á volver los vuestros. Quedaos aquí, en Maguncia os harían prisionero.

— ¿Y qué me importa?... Venga vuestro brazo; prefiero estar preso con compatriotas que libre con prusianos.

Era uno de aquellos emigrados que combatían al lado del rey de Prusia y que le habían acompañado á la Champaña, por aquella carretera de París en donde el rey, estupefacto, había encontrado el cañon de Kellerman y los combatientes de Valmy. ¡Un emigrado! Algunas horas antes Miguel le habría arrojado á la cara el nombre de traidor, y ahora le servía de apoyo, le sostenía y le guiaba como un niño.

El emigrado conocía el pais mejor que él; se habían batido á pocos minutos de Weissenau, donde era inútil buscar un asilo, pues los habitantes habían huido y era preferible marchar en derechura á Maguncia.

Llevaba el emigrado un calabaza llena de aguardiente, que bebieron entre los dos para recobrar ánimo. Ya comenzaba á rayar el alba. Aquel resplandor blanquecino iba subiendo lentamente, y por el lado del Rhin venía una niebla fría.

Miguel y aquel herido eran quizá los únicos seres vivos que habían quedado en el campo de batalla. Con paso tardo y vacilante caminaban á favor de aquella luz dudosa, y veinte veces Miguel se sintió á punto de detenerse ó de desmayarse. Sus piés se pegaban al suelo, zumbábanle los oídos y una terrible angustia le ahogaba. Parecía que si venía á caer era hombre muerto. Su compañero, horriblemente pálido, se apoyaba en él y no hablaba.

De repente el desdichado se para y con voz entrecortada dice á Miguel:

GALERIA DE CELEBRIDADES CONTEMPORANEAS



BERRYER

— Basta, no puedo mas.
Y hablando así exhala un fuerte suspiro y cae. Miguel le creyó muerto y le puso la mano en el corazon.
— ¡Oh! exclamó el herido, palpita todavía, pero pronto cesará. Es asunto concluido... Pero decidme vuestro nombre para que sepa yo en este último minuto á quién debo...
— Miguel Verdure, ciudadano.
Al oír la palabra ciudadano una triste sonrisa iluminó aquel lívido rostro de moribundo.
— ¡Ciudadano! murmuró el emigrado... grande y bella palabra... Sois voluntario y os batís por vuestra fe... Yo muero neciamente, y ¿por qué? ¿Sabeis por qué?... Emigré porque el decreto de 1790 exigía que todo el Royal-Contois renunciase á llevar el pelo á la *catogan* y usase la coleta trenzada como todo el mundo... ¡Malhadado decreto!... Yo tambien habria servido á la república sin aquella maldita moda... ¡Pero el cabello trenzado!... ¡qué cosa mas fea!... Eso es bueno para el vulgo... Hace tres años nos batimos cerca de Amiens nada mas que por eso contra el regimiento de



EL VOLUNTARIO,
Miguel se inclinó sobre él y levantó su brazo.

diente para reanimarle: su corazon no palpitaba.

— Ha muerto, dijo el voluntario.
Miró en su derredor para pedir socorro y no descubrió á nadie. Era ya de dia, mas los aldeanos, asustados, no acudian á las faenas campestres. Miguel echó una postrer mirada al difunto, y le pareció que una sonrisa irónica y orgullosa resolucion levantaba el labio de aquel cadáver dejando á descubierto su blanca y esmaltada dentadura.

— Ha muerto como un ciudadano, pensaba Miguel, y cuando encuentren aquí su cadáver, le enterrarán como si fuera el de un sospechoso.

Miguel se habria arrancado la escarapela, pero herido en la cabeza no llevaba otra cosa que un pañuelo anudado en torno de su frente. Iba á alejarse cuando recordó que llevaba encima su carta de miembro del club de Cordeliers, y sacándola de su bolsillo, rayó su nombre con un lápiz y escribió:

« Este se llama Roberto de Piennes y ha muerto siendo ciudadano de la República francesa, una é indivisible. »

— Así lo ha querido, se decia Miguel.
Introdujo el papel entre los crispados dedos del difunto y se alejó, mirando siempre con ansiedad si no se movia el emigrado.

I.

El Dom de Maguncia estaba muy lejos todavía. El voluntario, casi sin aliento, y fija la vista en aquel campanario en que ondeaba vagamente una bandera tricolor, se apresuraba sacando fuerzas de flaqueza. Pareciale que hacia un instante, cuando tenia que sostener al pobre herido, estaba mas valeroso y fuerte. Su cabeza le pesaba como si se hiciera de plomo, y sus piernas flaqueaban mas y mas á cada paso.



Un jóven de Maguncia fué quien encontró á Miguel.

Anjou-Infanteria que habia adoptado la nueva moda... Por menos se mata la gente... Yo quiero llevar el pelo como me acomoda... me parece que soy dueño de hacerlo...

Hablando así queria sonreirse y sus ojos, que se abrian cuan grandes eran, miraban en el horizonte á la luz de la aurora, las torres de las iglesias de Maguncia y el campanario y la cúpula del Dom, que se destacaban sobre el cielo pardo. El viento traía por aquella parte los toques de diana.

— ¡La diana! exclamó el emigrado estremeciéndose; vaya, de pié, quiero morir de pié. Sostenedme, dijo á Miguel.

El voluntario le tomó en sus brazos.

— Gracias, añadió el moribundo... Cuando vengais á buscar mi cuerpo por aquí, acordaos que quiero que me entierren con mi peinado... Los emigrados de Coblenza llevan escarapela blanca, los emigrados de Inglaterra la usan negra... Yo, á fe mia... poned la escarapela tricolor á mi cadáver... Al cabo y al fin los colores son mas bonitos... Pero lo principal que no me quiten mi peinado... Mas tengo que decir, si... ¿os acordareis?... soy el ciudadano Roberto de Piennes... Y digo ciudadano, ciudadano lo mismo que vos... ¿por qué no?... Mucho os he molestado hasta aquí... pero ya os dejo libre de la carga... Gracias... En suma, maldito lo que vale la vida... Y lo que os encargo es que derroteis á los prusianos.

Y cayó en el suelo. Miguel le miró un instante, se inclinó hácia él, le tiró del brazo y le vertió en la boca las últimas gotas de aguar-



Estais en casa de la señorita de Smeyer, ciudadano.

— Sin embargo, yo no quiero morir aquí, de cía en alta voz Miguel Verdure...

Y adelantaba haciendo esfuerzos inauditos. A veces tambien se detenía, pues creía oír voces, ruidos confusos como de carros que rodaban. Su herida le daba una especie de delirio.

Y no obstante, todo por el contrario estaba en calma en aquella campiña, donde brotaban las primeras hojas. En las profundidades de aquellas llanuras, en el horizonte, detrás de aquellas murallas, al otro lado del Rhin ¿quién habria adivinado que habia dos ejércitos dispuestos á devorarse?... En el aire habia como cantos de pájaro ó zumbidos de insectos.

Miguel, extenuado, continuaba andando, pero el Dom parecia alejarse. El camino era mas largo de lo que él habia creído. Aquellos sonidos de trompeta traídos por el viento de la mañana le habian engañado.

De repente le sobrecogió un cansancio inmenso. ¿Para qué seguir andando? ¿Por qué no caer allí como el otro y como tantos otros compañeros? Sí los húsares de Cassel llegaban por allí en busca



Una vieja se asomó á la ventana.

de torraje, le arrastrarian, le llevarian á caballo á Maguncia. Era su única esperanza. Lo que es continuar andando le era imposible. Miguel sentia en la cabeza un dolor espantoso, y le volvia la fiebre. Así fué que se dejó caer con un profundo suspiro, murmuró alguna de aquellas mágicas palabras que corrian entonces por la boca de los moribundos y se desmayó.

No un húsar de Cassel, sino un jóven de Maguncia llamado Otto Schwartz, fué quien encontró á Miguel Verdure tendido en medio del camino. Otto aquella mañana habia salido á herborizar por la parte de Laubenheim; vió aquel cuerpo sangriento y cerciorándose de que respiraba todavía, prodigó los primeros cuidados al herido y advirtió á las avanzadas francesas que un voluntario moribundo necesitaba socorro.

Al instante salieron unos hombres con una camilla, en la cual llevaron á Miguel al hospital de sangre.

Pero el cirujano que estaba de servicio presentó objeciones para recibir al moribundo.

— Las salas están atestadas de heridos, les dijo; llevaos á ese al Dom, ó bien que alojen á los heridos en las casas. Me parece que bien pueden ayudarnos un poco.

— Ciudadano, contestó Otto, que iba en la comitiva, tenéis razon.

Y haciendo una señal á los soldados, añadió: — Venid conmigo.

Habiendo hablado así Otto, les llevó á la esquina de la plaza de Gutenberg, que no distaba

mucho, y se paró ante una casita cuya puerta abrió llamando:

— ¡Magdet!

Una vieja se asomó á la ventana y echó un vistazo á la calle con aire asustado.

— Soy yo, Magdet, dijo Otto, y os traigo un herido.

La anciana bajó á toda prisa.

— Avisad á la señorita de Smeyer, continuó el joven: mi habitación es demasiado pequeña para que pueda servir de hospital, y sé que Isabel se mostrará buena y caritativa con un ciudadano cualquiera, sobre todo con un francés.

Miguel Verduce había recobrado el conocimiento en el camino, pero fué para desmayarse de nuevo.

Cuando volvió en sí estaba tendido en una cama, donde rápidamente Magdet había puesto las mejores sábanas que tenía, y una vez que abrió los ojos sintió como una sensación de bienestar. Aun tenía delante aquel paisaje indeciso de una fresca mañana de primavera: el largo camino solitario, Maguncia en lontananza, deseado término á que no llegaría nunca. Y hé aquí que de repente se encontraba en un cuartito alemán, donde todo relucía con el aseo, esa sonrisa de las cosas, donde los grandes armarios de encina reflejaban el sol de la calle, donde la péndola de esos relojes de madera de la Selva Negra parecía haber contribuido con su ruido á la dulzura de su sueño. Todo resplandecía alegremente.

Miguel dejó escapar un suspiro de satisfacción, el suspiro infantil de los dolientes, y como si hubiese sido una queja á ese ruido, apareció un joven alto, rubio y delgado, seguido de una joven que se acercó á su cabecera y con suave voz, sin acento germánico, le preguntó si padecía.

— ¡Yo! exclamó Miguel sin responder.

Y la miraba. Era una persona esbelta, cuya vestidura esculpía su pecho y la hacia mas encantadora. Su larga cabellera negra caía por ambos lados de su semblante, de una blancura de nieve. La joven miraba con atención al herido, y sus grandes ojos negros rebotaban bondad y ternura.

— ¿Pero en dónde estoy? preguntó Miguel: ¿por qué no me encuentro en el hospital?

— Los franceses han sido rechazados por las tropas alemanas y se han replegado sobre Maguncia. Estais en casa de la señorita de Smeyer, ciudadano, respondió el joven, en casa de unos buenos patriotas alemanes que quieren como vos la libertad universal y desean la concordia entre todos los hombres.

Otto Schwartz había hablado con una energía singular, con la altanería voz de un tribuno. Y sin embargo, de todas aquellas palabras vibrantes y generosas, solo estas habían penetrado en la mente del herido: la señorita de Smeyer.

— ¡Señorita! decía, y la seguía mirando con su febril mirada, y la joven sin bajar los ojos, respondía á esta mirada de sorpresa con una sonrisa que quería decir:

— Estad persuadido de que os salvaremos.

La herida de Miguel no era grave, aunque le daba con bastante frecuencia accesos de fiebre. En estos casos se agitaba, quería hablar, se lanzaba fuera del lecho, en donde Otto trataba de sujetarle; y luego cuando volvía en sí y se encontraba en aquella apacible casa, entre sábanas perfumadas, con la señorita de Smeyer á la cabecera, que cuidaba de él y le observaba con su mirada profunda, experimentaba muy luego una sensación penetrante, se sentía como bañado en una nueva atmósfera. Una semana antes corría por los campos, pernoctando al azar de las jornadas, y ahora en aquella hospitalaria mansión, creía hallarse bajo el techo materno, en el negro y querido aposento de la calle de Vieilles Haudriettes.

— ¿Qué tal os encontráis? preguntaba muy á menudo la anciana Magdet con su voz baja, y á Miguel le parecía oír el acento de su madre, que se había quedado en París.

— ¿Sabeis en lo que pienso, señorita? dijo una mañana á la señorita Smeyer; pienso en los pobres soldados que no han tenido la suerte de salir heridos como yo. Veo que en la guerra los mas afortunados son precisamente aquellos á quienes les tocan las balas.

J. C.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

¡Un invierno sin frío! Hé aquí la primera novedad que nos ha traído el año de gracia 1869. Los pesimistas, esto es, los aficionados á la escarcha, la nieve y el hielo, pues todos los gustos se encuentran en los hombres, dicen y repiten que apenas ha comenzado el invierno y por consiguiente no tenemos motivos para felicitarnos los que deseáramos á Paris un clima menos inclemente; pero ello es que los dias pasan sin que casi haya necesidad de encender las chimeneas y los caloríferos, y que en las horas que la lluvia nos da de tregua podemos pasearnos bajo una temperatura digna de los meses de abril y mayo. La interesante clase de los patinadores pone el grito en el cielo. El frío se hace sordo á sus súplicas y los lagos del bosque de Boulogne esperan en vano las fiestas nocturnas organizadas ya con mas esplendor, segun se dice, que las de los años ante-

riores. Parece ser que se han construido velocíferos especiales para correr sobre el hielo; pero estos como los trineos y los patines se encuentran por ahora arrinconados y fuera de servicio.

Afortunadamente, les quedan á los parisienses otras diversiones. Por ejemplo, está semana ha habido la fiesta de los Reyes que se celebra en todas las familias, que es ocasion en las casas grandes de bailes y de cenas, y en las de las personas de la clase media y aun entre los pobres, proporciona un rato de solaz á los convidados. En todas partes, en fin, se reparte el pastel tradicional entre los concurrentes, y dichoso ó dichosa la persona á quien le toca en su parte el haba que confiere el título de rey ó de reina por una noche.

Esto es decir que hemos entrado ya en las fiestas de la temporada. El baile que hubo en el palacio de Tullerías el lunes último y para el cual se habían repartido cuatro mil esquelas de convite, ha dado la señal y las fiestas del gran mundo menudean que es un portento; todas estas reuniones tienen un interés especial para las crónicas de nuestro periódico, cual es el de la moda que en ellas se ostenta con todos sus esplendores, y por lo tanto abandonamos su descripción á la nueva publicación que desde este año acompaña á la PARTE LITERARIA ILUSTRADA DEL CORREO. Allí estarán mas en su lugar estas noticias de los salones.

No por eso en verdad le faltará alimento á nuestras revistas parisienses. Paris, sobre todo durante el invierno, es un campo fecundo para la crónica.

Desde luego anunciaremos á nuestros lectores la llegada á Paris de la embajada china que hace tanto tiempo se esperaba, y que excita en alto grado la curiosidad de los parisienses. Esta misión oficial del gobierno chino se compone de los siguientes personajes:

Tres ministros, dos secretarios, seis intérpretes, dos escribientes, un doctor y unos treinta sirvientes chinos y americanos.

El primer ministro Anson Burlingame, mandarin de primera clase, es un americano que ha habitado durante largo tiempo en Pekin, como ministro de los Estados Unidos en la China. Es hombre de cuarenta y cinco años.

El segundo ministro se llama Tche-Ta-Jen y el tercero Soune-Ta-Jen.

Los dos secretarios son: M. John-Mac-Leavy Brown, de origen inglés, primer secretario, intérprete de la legación y M. de Champs, segundo secretario, joven francés que ocupaba en la China la elevada posición de director de aduanas en los puertos abiertos.

Entre los seis intérpretes que son de origen tártaro, dos de ellos, mandarines de quinta clase, hablan inglés, otros dos francés, y los otros dos restantes hablan ruso.

La embajada no tardará en ser recibida en el palacio de Tullerías.

El primer embajador entregará en esta audiencia solemne una carta autógrafa del emperador de la China dirigida al emperador Napoleon.

Parece ser que la carta es una hermosa pieza de papel amarillo de cuarenta centímetros de ancho y dos metros de largo, escrita en doble lengua y á dos columnas, en mantchu á la izquierda y en chino á la derecha. El mantchu es la lengua madre que hablan los pueblos de una parte de la Tartaria de donde ha salido la dinastía actual de los emperadores de la China. La separación de las dos columnas y la orla de este papel están adornadas con grandes dragones de cinco garras, que son el emblema real cuyo privilegio tiene el emperador.

Tomamos estos detalles del *Figaro* que, mientras el diario oficial refiere la recepción de la embajada, son los únicos que han circulado en la prensa parisiense. Para esto de las revelaciones anticipadas no hay como el *Figaro*. A veces en su deseo de interesar á sus lectores comete indiscreciones verdaderamente curiosas. Verbigracia, en el número que tenemos á la vista, se le ha ocurrido ajustar las cuentas á los miembros de la Academia francesa, los inmortales, como aquí se dice, las cuentas de su edad, por supuesto. Es notable el cuadro que publica. Los académicos tienen pues al comenzar el año 1869 la edad que á continuación se expresa:

Señores de Ségur, 89 años. — Lebrun y el duque de Broglie, 83 años. — Guizot, 82 años. — Villemain y Lamartine, 78 años. — Pongerville, 76 años. — Patin, 75 años. — Mignet, 72 años. — Thiers y Rémusat, 71 años. — Dufaure, 70 años. — Saint-Marc-Girardin y de Sacy, 67 años. — L. Vitet, Cuvillier-Fleury, Dupanloup y de Noailles, 66 años. — Mérimée, 65 años. — Sainte-Beuve y de Carné, 64 años. — Nisard, 62 años. — Gratry, 61 años. — Jules Favre, 60 años. — Montalambert, 58 años. — Sandeau y de Falloux, 57 años. — Doucet, Laprade y Feuille, 56 años. — Cl. Bernard y Autran, 55 años. — Emile Augier, 48 años. — Principe de Broglie, 47 años. — Prevost-Paradol, 40 años.

Lo que da una cifra total de 2,216 años repartidos entre los académicos. ¡Una friolera!

Hé aquí ahora las fechas en que han entrado á formar parte de la famosa corporación:

1821 Villemain. — 1828 Lebrun. — 1829 Lamartine. — 1830 Ségur. — 1830 Pongerville. — 1833 Thiers. — 1836 Guizot. — 1836 Mignet. — 1841 Hugo. — 1842 Patin. — 1844 Saint-Marc-Girardin. — 1845 Sainte-Beuve. — 1845 Mérimée. — 1845 Vitet. — 1846 Rémusat. — 1849 de Noailles. — 1850 Nisard. — 1852 Montalambert. — 1854 Dupanloup. — 1854 de Sacy. — 1855 Legouvé. — 1856 duque de Broglie. — 1856 de Falloux. — 1858 Augier. — 1858 Laprade. — 1858 Sandeau. — 1862 principe de Broglie. — 1862 Feuille, — 1863

conde de Carné. — 1863 Dufaure. — 1865 Doucet. — 1865 Prevost-Paradol. — 1866 Cuvillier-Fleury. — 1867 Gratry. — 1867 J. Favre. — 1868 Autran. — 1868 Claude Bernard.

Tenemos que ser breves esta semana en la relación de los sucesos de la crónica, porque reclama nuestra atención una ruidosa novedad teatral que acaba de darnos el teatro del Gimnasio.

Es un drama en cinco actos, de M. Victorien Sardou, que debía titularse *la Devota*, su verdadero título por cierto, y que á causa de la censura lleva el nombre de la protagonista *Serafina*.

Con efecto, Serafina, baronesa de Rosanges, es el tipo de la devoción exagerada en las altas clases. Consagra su vida entera á la filantropía, pero guardándose bien de dar una limosna si su director espiritual, M. Chapolard, no se la recomienda, y aunque parece amiga de las austeridades y las abstinencias, vive en medio del lujo, se da una vida regalada; en suma, sabe conciliar perfectamente las exigencias de la religión con la ostentación mundana.

Su esposo el baron es un militar retirado, que ha traído de sus guerras algunos ataques de gota y una afición desmedida al tabaco, al buen vino y al lenguaje de los campamentos. Claro es que un personaje semejante no es el mas propio para acompañar al sermón á la baronesa y á la colección de elegantes amigos que forman su círculo; pero ya al comenzar el drama sabemos que Rosanges ha tenido un alivio en su gota gracias á la intercesión de Chapolard, con cuyo motivo ha renunciado á sus costumbres y á sus gustos, y confiado en que esta nueva vida debe devolverle su perdida salud, nos aparece entregado también á las prácticas piadosas.

De lo que hemos dicho, se desprende que Chapolard es el amo verdadero de la casa. Con efecto, apenas se presenta, todo el mundo acude á él, todos le prodigan las caricias y las atenciones mas delicadas: él dispone á su antojo las comidas, elige los vinos, teniendo buen cuidado de llevarse de tiempo en tiempo á su casa algunas botellas, se sirve del carruaje de la baronesa, gobierna y manda, en fin, como un rey absoluto. Rollizo y de apetito insaciable, Chapolard profesa la máxima de que para tener libre el espíritu, el estómago debe estar repleto; y practica el axioma francamente sin andarse en hipocresías.

Serafina tiene una hija, Agata, casada con M. de Planterose, que es la primera sombra que se distingue en el cuadro. M. de Planterose es un viajero que, en lugar de quedarse al lado de su esposa, ha emprendido una expedición á la Abisinia, durante la cual Agata ha cobrado una afición á las conferencias del padre Anselmo, que la hace mirar con entera indiferencia sus deberes de mujer casada. M. de Planterose, ante la frialdad de su mujer, medita lo que llama él un golpe de Estado, esto es, sacar á su esposa de aquella congregación en la que consagra su tiempo debido al matrimonio á la obra de la conversión de los Patagones, como en efecto lo efectúa mas tarde.

Entre tanto su desesperación contra su suegra tiene arañques heroicos.

— Si algun día, le dice á su amigo Roberto, el confidente de sus desgracias conyugales, te encuentras en la dura alternativa de vivir con una suegra ó de levantarte la tapa de los sesos, no vaciles; toma una pistola y acaba con la suegra.

Los dos primeros actos de la nueva producción de M. Sardou se hallan esmaltados de epigramas de este jaez, y pertenecen de lleno al dominio de la comedia sarcástica; mas en el tercero aparece el drama, anunciándose desde luego con una intensidad que nos prepara á recibir las grandes impresiones del acto cuarto.

Serafina, despues de despachar su correspondencia filantrópica en compañía de Agata y de Ivonne, su segunda hija, destinada á la vida monástica, se ocupa con Chapolard en discutir las probabilidades con que cuenta para obtener la presidencia de una sociedad piadosa, cuando el criado anuncia que hay un hombre en la antesala, que se ha empeñado en hablar con la baronesa.

— No recibo á nadie ahora; que vuelva,

— Dice que esperará.

— ¿Quién es pues, ese visitante tan obstinado?

El criado entrega una tarjeta: la baronesa tiembla al leer el nombre:

— ¡El contra-almirante Montignac!

Inmediatamente manda que le introduzcan en la sala.

Hé aquí el drama pues. M. de Montignac es padrino de Ivonne y como no la ha visto hace tres ó cuatro años, quiere darla un abrazo. Pero ¡qué fatalidad! Ivonne no está en casa, segun dice la baronesa, y no volverá en todo el día.

Sin embargo, M. de Montignac insiste con un tono de voz en el que se advierte cierta autoridad:

— Bien sabeis que está en casa, y yo deseo verla...

No necesita replicar la baronesa con otra mentira, poniendo por testigo á Chapolard, pues en esto la puerta se abre, aparece Ivonne, y al ver á su padrino se arroja en sus brazos.

Aquí empieza la lucha entre la madre y el contra-almirante. M. de Montignac, que ha recibido una porción de cartas de su ahijada, sabe muy bien que no tiene vocación para hacerse religiosa y se opone á que la sacrifique su madre; pero esta se obstina en su resolución y jura que aquel mismo día Ivonne estará en el convento, de donde no volverá á salir ya nunca.

Chapolard, presente en la escena, adivina lo que ya ha conocido el público, á saber: que Ivonne es hija del contra-almirante. ¡Terrible descubrimiento! La piadosa Serafina

ha tenido un desliz en los primeros tiempos de su matrimonio, y en rescate de su culpa ha ofrecido como víctima inocente á la desdichada Ivonne. Chapolard aprueba esta conducta y contribuirá por su parte á secundar los planes de Serafina.

Nada mas conmovedor que la escena que sigue entre la madre y la hija; cuando las instancias y las súplicas no consiguen nada, Serafina apela á su ataridad, porque es preciso que la prueba de su falta desaparezca á los ojos del mundo.

Afortunadamente Montignac vela sobre su hija, y en el instante en que sale de los brazos de su madre con dirección al convento, la roba y se la lleva á su casa de Auteuil, donde va á tener lugar la situación culminante del drama. El contra-almirante está en vísperas de salir para Cherburgo, donde le espera la nave á cuyo bordo le acompañará su hija, libre ya de la amenaza que sobre ella pesa.

Sin embargo, la suave y apacible Serafina recobra de repente con este rapto toda la energía de su carácter. Corre á casa de M. de Montignac, y en aquella misma casa que fué hace años la mansión de sus criminales amores, reclama enérgicamente á su hija: M. de Montignac se resiste con igual firmeza.

El efecto de esta escena es incomparable, sobre todo cuando Serafina debe ceder, pues su marido llega también á la casa en busca de su hija y ella, para que M. de Montignac no descubra el secreto de su falta, se ve en la precisión de decir, que se han engañado, que no es el contra-almirante el autor del rapto. Sin embargo, el baron de Rosanges no se da por convencido, sino que emprende minuciosamente el registro de la casa, y al llegar al cuarto en donde está Ivonne, Serafina, en un arranque de una violencia extrema, se le adelanta, penetra en el aposento y sale con su hija en los brazos.

Todo el drama está aquí, pues lo restante no es mas que un tejido de intrigas encaminadas á hacer que sin descubrirse la paternidad de M. de Montignac se produzca el desenlace. Con efecto, el baron cree que su hija ha sido robada por Alberto, su pretendiente, con anuencia de su padrino, y la madre debe consentir en que se case su hija, en vez de encerrarla en el claustro.

Hé ahí el análisis del drama, un análisis seco y descarnado necesariamente, pues no es posible dar idea de los detalles, y justamente las obras de Sardou brillan por la viveza, la gracia, el continuado chiste de los diálogos. Los tres primeros actos de *Serafina* serán en este género lo mas notable que ha producido hasta hoy el aplaudido autor, en tanto que el acto cuarto ha sido también como una revelación de sus altas facultades dramáticas. Así su triunfo es grande, no obstante la osadía de ciertas escenas, en donde el sarcasmo sobre las exageraciones de la devoción recargan demasiado el cuadro.

Luego los actores contribuyen sobremanera á tan feliz éxito. Madama Pasca, actriz de una distinción natural y de una inteligencia notable posee toda la energía, el fuego, la pasión delirante que se necesitan para las escenas del cuarto acto. Mlle Antonina personifica perfectamente el cándido y tierno papel de Ivonne; en tanto que Pradeau con su robusta corpulencia es un Chapolard incomparable, y Landrol se muestra verdaderamente un grande artista en el papel de Planterose. Los demás actores completan un conjunto como rara vez se ve, aun en el Gimnasio.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

A INGLATERRA.

Su imperio tiene por corona el cielo:
Por manto real, el tempestuoso Océano:
Y por cimiento indestructible y suelo,
La voluntad del pueblo soberano.

Su noble reina, con dulzura rige
La poderosa raza de titanes,
A quien ningún poder humano aflige,
Ni con hierro feroz, ni con afanes.

La libertad da lustre á sus pendones;
La virtud y el valor son su divisa:
La respetan las inclitas naciones,
Y en donde quiera que su planta pisa.

Tiene una roca, en que murió el gigante,
Guerrero, vencedor, sabio profundo;
A quien la gloria saludó triunfante,
Conquistador de la mitad del mundo.

Tiene poetas célebres que adoro:
Monumentos eternos de grandeza:
De industria y de saber, mineros de oro:
Iguales en virtud, pueblo y grandeza,

El amor de sus vírgenes, es puro:
La amistad de sus hombres, es sagrada:
El afecto de todos, es seguro:
La humanidad no vive allí engañada.

Amo su clima triste, amo su gente:
Su inmensa gloria, entusiasmado miro:
Como Quintana no diré inclemente,
« Inglés, te aborrecí; héroe, te admiro. »

Inglés, te quiero; héroe, te saludo:
Pero oye amistoso á este poeta,
Que escribe en su pesar, de dolor mudo,
La profecía que á su alma inquieta.

Usurpas á la gente de Castilla
De Gibraltar la solitaria peña:
En sus baluartes, el honor se humilla
De España triste, que su mal desdigna.

Pero la hora llegará temible,
Que el deshonor conmueva su arrogancia:
Y tú verás á mi nación terrible,
Recordando á Sagunto y á Numancia,

Volar contra esa peña furibunda,
Hacerla polvo, avergonzada y fiera;
Aunque en sangre se hunda,
La vida y el poder de España entera.

Tú verás sus mujeres, conmovidas,
Morir peleando, como en Calahorra:
Sacrificar en su furor las vidas
Que con la muerte el deshonor se borra,

Sus bravos capitanes y soldados
Como leones, asediar los muros:
Frenéticos morir despedazados,
De su venganza al espirar seguros.

Y tus legiones ínclita Inglaterra,
Destruídas al filo de su espada;
Bañar con sangre la oprimida tierra
A la confiada España arrebatada.

Podrá luego teñir el Océano
Con española sangre tu braveza:
No domará el coraje castellano,
La destrucción, que aumente su fiereza.

Y tus blindadas naves, tus murallas
Coronadas de hierro y de cañones:
Tus aceradas formidables ballas,
Tus castillos flotantes, tus pendones,

Hundirse dentro el mar con tu potencia,
Deshecha á fuego y sangre la cadena,
Que eslabona, la incuria y la impotencia
De la ignorancia que á la patria apena.

Que cuando un pueblo quiere sus tiranos
Castigar formidable y justiciero,
Le basta corazón, sobran las manos
Para abrasar al universo entero.

Pregúntale á las ruinas de Sagunto,
Si temieron morir sus defensores
Al cruento, tenaz, fiero conjunto
De extranjeros soberbios invasores.

A la Iberia, si al grito de Pelayo
No temblaron las cumbres de sus montes;
Y al héroe Napoleon, si el Dos de Mayo
No oscureció sus anchos horizontes.

Y á las cerúleas bondas de Lepanto,
A Nápoles, á Flandes y á la Francia
Que miró con asombro y con espanto
Su rey preso y hundida su arrogancia;

Si es posible vencer al pueblo rudo,
Que tiene por murallas la Navarra;
Los asturianos montes por escudo,
Y por baluarte inmenso, la Alpujarra.

Por soldados, las fieros catalanes:
Los de Aragon valientes... y Castilla;
Los Cantabros, Astures y Bastanes,
Los de Granada, Córdoba y Sevilla.

Hombres rudos, potentes, avezados
Al sol, al frío, al hambre, á la fatiga:
De la labriega vida fatigados,
A quien ningún temor al mundo liga.

Hombres nacidos para hacer la guerra:
Que quemaron en Méjico sus naves:
Y que hicieron temblar la griega tierra
Con sus espadas y sus hechos graves.

Déjales Gibraltar, ese desierto
Peñon, donde jamás brotan las flores:
Donde el trigo si nace, crece muerto
Del sol á los crudísimos ardores.

Donde recuesta el mar su onda serena,
Tempestuosa, fatídica, bravía:
Y muge espantado de no hallar ni arena
En su gran soledad árida y fría.

Deja libre esa roca de la garra
De tu fiero Leopardo, y tu bandera
Arranca de sus muros, que desgarras,
Envilece y enluta á España entera.

Y España en cambio te dará un abrigo
Para tus naves anchuroso y bueno:
Donde leal y generoso amigo,
Goces su cielo azul y el mar sereno.

Oye el consejo del que bien te ama,
Y ha educado sus hijos en tu tierra;
A quien la paz el corazón inflama;
Que ansia la libertad y odia la guerra.

Si no, algun día, al asomar la aurora,
Verás á Gibraltar en ancho lago
De muerte convertido en fatal hora...
Y el mar tinto de sangre con su estrago.

Tus naves, incendiadas por el fuego
De la patricia inexorable pena;
Y el pueblo en su furor tenaz y ciego
Al destruir odioso su cadena,

Con el francés y el italiano unirse,
Para romper tu cetro soberano:
Y el espantado mundo dividirse,
Al quitarte las llaves del Océano.

JOSÉ GUEL Y RENTÉ.

Paris, 24 de junio de 1867.

Monseñor Bauer.

Uno de los milagros de Paris, y no el menos extraordinario, es que al mismo tiempo que la multitud se apiña en torno de las locuras que tienen el atractivo de la novedad, una muchedumbre no menos numerosa y atenta, quizás la misma, acude á las iglesias donde la voz de un orador sagrado habla el austero lenguaje de la moral y la virtud.

El abate Bauer ha obtenido este milagro de desviar á los parisienses de la decadencia de los floridos senderos donde suelen extraviarse, y le ha alcanzado por el hechizo de su palabra y la elocuencia de su enseñanza evangélica.

La iglesia de San Luis de Antin, en la que ha predicado el Adviento, ha sido demasiado pequeña para dar cabida á la escogida sociedad ávida de oírle, y ha terminado su cuarta y última conferencia en medio de la emoción general de los concurrentes.

Nada mas oportuno que recordar aquí, á propósito del abate Bauer, la famosa fórmula de Bossuet:

« Hemos visto un hombre de un género de talento extraordinario, de una fuerza y una sinceridad singulares en la enseñanza, de un encanto y una dulzura inagotables en la conversacion. »

Los que no conocen al abate Bauer mas que por haberle oído en el púlpito cristiano, anatematizando el mal con una palabra ardiente y tratando de despertar en las almas aletargadas el sentimiento de la fe, no conocen mas que al orador y al sacerdote en el enviado de Roma; no conocen al hombre.

Ahora bien; el hombre está dotado de una grande autoridad y de un gran carácter.

Abramos aquí un paréntesis. Mas de una vez hemos oído expresar cierta sorpresa relativamente al extraordinario favor de que disfruta el abate Bauer en los círculos mas inteligentes y aristocráticos de Paris. Hay personas que censuran esa avidez con que se le disputan los principales salones y el imperio que en ellos ejerce; en tanto que, por una contradicción singular, esas mismas personas critican igualmente á los religiosos que envuelven sus plegarias y meditaciones en la sombra de los claustros.

Sin embargo, sobre este punto deberian recordar que ya no estamos en aquellos tiempos en que los padres de la iglesia evangelizaban en las catacumbas: hoy el cristianismo no está amenazado de persecuciones. El mal que le corroe, el disolvente veneno que le ataca

está en el mundo, en la sociedad mas culta y letrada, y quizás por esto conviene perseguirle y atacarle en los salones. ¿Y cómo hacerlo si no se frecuenta la sociedad?

¡Qué de cosas han ocurrido desde aquellos tiempos remotos en que los primeros obispos instruían á los pueblos bárbaros y derramaban el agua del bautismo sobre los gentiles! El mundo se ha transformado; una inmensa tolerancia se ha esparcido por do quiera como un río. ¡Y no se quiere que los que están armados en favor de la religion entren en la sociedad por todas las puertas para defender el principio que representan! ¡Contradiccion bien extraña por cierto!

Cada auditorio necesita su palabra, palabra que debe variar segun los oidos llamados á aprovechar lo que ella enseña. Por esta razon, los primeros oradores sagrados tratan hoy las cuestiones sociales y discuten en el púlpito los problemas que mas profundamente agitan á los hombres. La filosofia no les es mas extraña que la política, y como tantos otros eminentes pensadores que buscan la verdad, añaden en la discusion el peso de sus creencias.

No desertan del combate; al contrario, le afirman; solo que, en lugar de decir con Montaigne: *¡Quién sabe!* dicen con Arquímedes: *Eureka.*

Las conferencias del abate Bauer en San Luis de Antin han ofrecido la particularidad de contar en el auditorio á muchas señoras. Cierto es tambien que el abate Bauer trata cuestiones que se dirigen á su sexo, como, por ejemplo, el matrimonio, la familia y la infancia; y guardándose bien de separarlas del orden eterno en que están fundadas las sociedades, las relaciona con las condiciones de la sociedad tal como la han hecho nuestras costumbres, sobre todo con las condiciones de la sociedad parisiense. Con este motivo, tocaba á todas las cuestiones palpitantes, siempre con una forma feliz y una grande elevacion de ideas.

Aun los que no participen de estas ideas, deben rendir homenaje á su sinceridad y á su elocuencia.

Hoy, que están acostumbrados á descubrir el ser interior por el exámen del semblante, y ven en la forma de las facciones el rasgo distintivo del carácter, adivi-



Monseñor Bauer.

narán al abate Bauer en el retrato que damos aquí, que es de una perfecta semejanza.

La frente es poco elevada, como se observa en todos aquellos á quienes domina la idea moral; nariz de un contorno acentuado; los labios, gruesos, indican la viveza de las impresiones, la bondad fecunda, la vehemencia en el sentimiento; los ojos tienen una dulzura profunda y penetrante. Es una luz ó una llama. Toda la fisonomía inspira la confianza y el respeto.

En el púlpito, el orador cristiano tiene acentos de

Padre Santo, á ruegos de la familia, le dispensó de la regla á que estaba sometido, y le permitió que pasara á las filas del clero secular.

Tres años de silencio y de estudios le detuvieron en su retiro en Roma, y despues se presentó en Viena, donde predicó el Adviento. Esta nueva etapa evangélica le condujo el año siguiente á la capilla imperial de Tullerías.

Por un breve del 21 de enero de 1868, monseñor Bauer, que era ya doctor en teología y vicario general

una autoridad apasionada; su ademán es sóbrio y firme, su voz animada y severa como la de un jefe que corre al combate, su actitud desenvuelta y noble. No retrocede ante los obstáculos, sino que marcha á ellos de frente; entra con ímpetu en el corazón de las cuestiones mas palpitantes, y encuentra en el peligro que arrostra nuevos recursos, de que se aprovecha su elocuencia y se anima su inspiracion.

El abate Bauer nació israelita, de una familia de las mas estimadas y considerables de Pesth. En el dia apenas tiene cuarenta años, de modo que casi está en el principio de su carrera.

Hizo en Viena sus primeros estudios, y se mostró indeciso entre la pintura y la palabra; la palabra triunfó. Por aquella época, y cuando solo contaba diez y nueve años, se halló mezclado en los sucesos que entregaron aquella capital á la revolucion.

Concluyó sus estudios de derecho en Alemania; vaciló entre la pintura y el foro, y por fin, en 1852, abrazó la religion católica á consecuencia de acontecimientos que nos son desconocidos.

Habiendo entrado en la orden del Carmelo dos años despues, se ordenó sacerdote en Carcasona, y con el nombre de padre María Bernardo del Santo Sacramento, se hizo un lugar entre los oradores de mas fama.

Desde entonces, el abate Bauer recorrió casi todas las diócesis de Francia, predicando la palabra evangélica, y por primera vez, en 1867, se le oyó en Paris en el mes de María, en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias.

Puede decirse que su grande nombradía es de aquella época.

Por causa de una grave enfermedad, que contrajo con las austeridades de la regla del Carmelo y las fatigas del apostolado, el



Las carnicerías de Francfort, cuadro por M. J. Noel.

honorario, fué nombrado protopnotario apostólico *ad instar participantium*.

Para terminar estos datos biográficos, añadiremos que monseñor Bauer se ha naturalizado francés.

¡Cosa extraordinaria! No obstante su origen y el largo tiempo que ha pasado en las universidades alemanas, monseñor Bauer habla el francés sin ningun acento extranjero y posee los secretos mas delicados de la lengua francesa.

Entre las varias obras suyas que hay publicadas, citaremos la *Polonia ante la historia y ante Dios*, y *el Objeto de la vida* (de la Cuaresma que predicó en Tullerías.)

Tal es, trazado á grandes rasgos, el estudio de un orador que se ha conquistado un puesto aparte entre el número de los que han ilustrado el púlpito, de un hombre que ejerce una considerable influencia en la sociedad mas brillante de Paris.

A. A.

Bellas Artes.

Las carnicerías de Francfort, cuadro por M. J. Noel. — *Un Indiscreto*, cuadro por M. Saal.

El aspecto tan singular como pintoresco de las antiguas carnicerías de Francfort ha seducido en todo tiempo á los pintores. Victor Hugo en sus *Cartas sobre el Rhin*, ha descrito este mercado, que es para todo artista una de las principales curiosidades de la curiosa ciudad de Francfort. «Es imposible, dice, ver un conjunto de casas mas viejas y mas negras inclinándose sobre una aglomeracion mas espléndida de



El padre Jacinto.

carne fresca.» El artista francés M. Jules Noel, que busca ante todo el alegre colorido, ha suavizado, sin embargo, en su bonito cuadro que reproducimos, los violentos contrastes que señala el poeta, y ha pintado con gracia el aspecto de esos puestecillos donde las carnes colgadas llenan de satisfaccion á los comilones germánicos.

— Los pintores escriben con el pincel sus memorias. M. Jorge Saal, que ha viajado largo tiempo por Noruega, nos refiere en el cuadro que titula *un Indiscreto*, una aventura que por fortuna se concluyó sin accidente, pero que pudo tener un desenlace trágico. Un día que estaba sentado en un solitario valle, muy ocupado en pintar con vista del natural uno de esos estudios de paisaje en que descuella, se acercó silenciosamente á él un aficionado que no se esperaba. Era un oso enorme, de los que solo se encuentran en esas frías comarcas, y que se paseaba por allí muy tranquilamente. El oso, que sin duda aun no tenia apetito, porque era muy temprano, se limitó á mirar vagamente el cuadro de M. Saal, y al cabo de un instante de muda contemplacion se fué por el camino por donde habia venido. De todos modos el artista se llevó un buen susto, y ha querido consignar el hecho en el cuadro que reproducimos. S. T.

El padre Jacinto.

Hé aquí el quinto año que el padre Jacinto predica el Adviento bajo las bóvedas de la antigua iglesia de Nuestra Señora de Paris, lo que equivale á decir que hace cinco años su palabra elo-



Un Indiscreto, cuadro por M. Saal.

cuenta lleva al templo á una multitud escogida, en la que tienen sus representantes la ciencia y las letras, las artes y la industria.

Una vez podia ser la sorpresa y la curiosidad, aunque esta sorpresa y esta curiosidad hayan tenido magníficas ocasiones de satisfacerse con los oradores sagrados que han precedido al padre Jacinto en el púlpito de Nuestra Señora; pero cuando la misma muchedumbre recorre el mismo camino á tan largos intervalos, es que hay un objeto mas elevado y noble.

Con efecto, este objeto es por una parte la inspiracion y la emocion por otra.

Entremos en la antigua iglesia el domingo á las doce del dia. Ya una porcion de personas están sentadas en el recinto privilegiado ó se esparcen en las naves laterales. Muy luego llegan otras en número crecido, que buscan sillas, hasta que el espacio todo presenta el aspecto de un hormiguero de cabezas. Cada cual trata de acercarse lo mas posible al púlpito que va á ocupar el hombre de hábito blanco, y las apiñadas filas de los oyentes se estrechan cuanto es dable, en medio del silencio.

A la una el padre Jacinto sube la escalerilla, y ya no se oye un murmullo. Algunos instantes despues resuena la voz del orador cristiano.

Sabido es que el padre Jacinto se dirige mas especialmente á los hombres. Son conferencias mas que sermones, y estas conferencias tratan de materias que, sin salir del dogma, robusto fundamento de su argumentacion, tocan á la filosofia, á la historia, á la ciencia social, y penetran rápidamente en lo mas profundo de las cuestiones que se agitan en medio de nosotros. Combate en favor de la Iglesia como un vigoroso atleta, empleando las armas, no solo de la elocuencia, sino de la ciencia, pues muy luego se ve que no desconoce ninguno de los problemas que se agitan en las escuelas y en los libros.

En este punto, el padre Jacinto se parece al padre Lacordaire; tiene sus mismos arranques oratorios, y produce iguales efectos.

Si debiera yo caracterizar con una palabra este gran talento, que ha mantenido despierto durante cinco años, y sin un instante de cansancio, la atencion de los parisienses, diria que posee la vida.

Así es que domina á su auditorio, le conmueve, le exalta y le lleva hasta las cumbres en donde su ardiente palabra busca la verdad.

En sus dos últimas conferencias, el orador sagrado ha hecho la historia del judaismo, mostrando en él el antepasado del cristianismo; ha hecho ver el templo saliendo de la sinagoga, y en los apóstoles á los hijos de los patriarcas y á los sucesores de los profetas. Del Sinaí, de donde bajó Moisés, hasta el Gólgota, adonde subió Jesucristo, la línea no se interrumpe, y pasa por Ezequiel y David, para llegar á San Juan y á San Pablo. La misma idea, al través de las edades, se extiende y se ensancha como un río.

Escuchando al padre Jacinto en el magnífico elogio que hacia de la ley y de la sociedad judía, bajo las bóvedas de la catedral de Paris, no podia uno menos de retroceder al pasado, á los tiempos en que al pié de las murallas que él anima con su voz, maldecian y herian y condenaban á todos los ultrajes á la raza judía, cuando no la entregaban al verdugo.

No porque el padre Jacinto se dirija á los hombres debe creerse que las señoras se hallan excluidas de sus conferencias. Al contrario; hay muchas que no pierden una sola, y lo que las sorprende en esta ocasion es que no sean ellas las que tengan los mejores puestos. La galantería se queda á la puerta de la iglesia. Las conferencias son masculinas; el padre Jacinto habla á ciudadanos: á los escritores, á los abogados, á los sabios, á los artistas, á los magistrados, á todos aquellos que viven de la inteligencia. No hay duda que las mujeres, madres y hermanas de estos ciudadanos pueden tomar parte en su enseñanza, pero no están convidadas.

El retrato que publicamos del célebre religioso da una justa idea de su fisonomía, cuyo carácter principal es la firmeza: tiene una cabeza bien modelada, con un perfil acentuado. La boca es expresiva, la mirada profunda y serena, la línea de la nariz fina y como trazada por un buril vigoroso. Cuando se sonríe, una suavidad repentina se pinta en ese austero semblante.

En el púlpito, el padre Jacinto tiene el ademán sobrio, la voz fuerte é igual; pero si de repente tiene que expresar una de esas ideas inflamadas que le son familiares, una de esas imágenes que se graban en la mente, una de esas inspiraciones que tanto levantan la palabra, su ademán se anima, su voz estalla, y tanto por la autoridad de su actitud como por la penetrante vehemencia de su acento, recuerda repentinamente á aquellos padres de la Iglesia cuya majestuosa nombradía se ha abierto paso al través de los siglos.

Fuera de las horas que consagra al púlpito, el padre Jacinto vive en un retiro absoluto, en una casa de modesta apariencia, en Passy, que se distingue por una humilde cruz de madera negra, colgada encima de la puertecilla de entrada. Cuatro sillas de paja y una mesita guarnecen su salita cuadrada, donde una vez por semana recibe á las personas que desean hablarle de las cosas relativas á su ministerio; lo demás de su tiempo pertenece al estudio y á la meditacion. No hay una hora de predicacion que no represente dias y noches de trabajo.

Se ha dicho, y quizás es esta ocasion de repetirlo: No hay en Paris reputacion engañosa. Suele haber sin duda sorpresas á la moda, pero pasan como el humo. Cuando las reputaciones persisten, es que son mereci-

das. Cada año se aumenta en brillo y solidez la del padre Jacinto. El tiempo la ha consagrado.

Algunas palabras concluirán este rápido diseño de una de las personalidades mas eminentes de nuestra época, tan fértil en contrastes, palabras que tendrán el valor intrínseco de una noticia biográfica. Pero ¿qué decir en verdad? La vida del padre Jacinto es toda de trabajo. No sale de su retiro mas que para ir al púlpito. Los únicos acontecimientos de su vida son sus conferencias. Una vez oida su palabra, vuelve al silencio y á la oscuridad de su celda. A. A.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— Yo tambien he obrado con vos en estos últimos tiempos de un modo diferente del que debiera haberlo hecho. Soy muy desgraciada, exclamó apasionadamente. Yo no puedo confesaros ni á vos ni á mi madre lo que pasa en mi interior. He perdido toda la confianza y toda la firmeza.

Al expresarse así llevó el pañuelo á los ojos.

— ¡Leonor! gritó su padre impaciente desde el fondo del aposento.

— Esta no es ocasion oportuna para explicaciones, dijo mas tranquilamente. Cuando hayamos pasado este terrible dia, procuraré ser mas fuerte de lo que soy en este momento. Cuento con vuestra ayuda, Wohlfart.

Leonor se fué corriendo al lado del baron. Antonio quedó solo entregado á los mas tristes pensamientos. Entre tanto la brillante luz del sol iluminó el patio del castillo. Los hombres se lanzaron fuera del cuerpo de guardia y se formaron en el dintel de la puerta; las mujeres tambien quisieron salir de las negras sombras y fué preciso obligarlas por fuerza á volver á su encierro. Cuando se desvaneció la primera impresion de terror, aquellas gentes recobraron el ánimo y se entregaron á toda suerte de reflexiones.

— ¿Quién sabe, decian unos, si se habrán olvidado del castillo?

— ¿O bien, decian otros, si no tienen bastante valor para atacarnos?

Un sastre, fuerte en política, procuró demostrar, remendando hábilmente las distintas opiniones, que todos los vestidos polacos se habian retirado hacia mucho rato detrás de Rosmin.

Pero, á pesar del ardor con que cada cual sostenia que habia desaparecido todo peligro, todos escuchaban con temor los pasos de los centinelas que habia en la casa, y dirigian siempre la vista á la torre para ver si advertirian alguna señal. Antonio encontrando tambien esta inquietud inaguantable, subió por fin á la torre.

Todos los personajes importantes del castillo se encontraban allí reunidos en la plataforma. El baron ciego sentado en un sillón, en cuyo respaldo se apoyaba Leonor, teniendo la sombrilla abierta para resguardar á su padre de los rayos del sol... En las anchas troneras habia cuatro cazadores; Fink montado sobre una de las almenas dejaba colgar sus piernas lanzando al viento las azuladas nubes del humo de un cigarro.

— ¿No se ve nada? preguntó Antonio.

— Nada, contestó Fink, á no ser un grupo de nuestros aldeanos algo achispados, que bajan por el camino de Tarow. (Indicó una masa compacta que desaparecia en aquel mismo momento en el bosque.) Es una felicidad que nos veamos libres de esa chusma que tiene miedo á las blusas grises y prefiere irse á otra parte. Cada momento de retardo es todavia una ventaja. Si la fortuna nos favorece, no podemos esperar auxilio antes de mañana al medio dia. Esos señores apostados detrás del bosque no son bastante amables para que uno les aguante una vista de veinte y cuatro horas completas. Este tejado es un punto excelente, señor de Rothsattel. No se ve desde él gran cosa; un poco del bosque de abetos, vuestros campos y el arena!; pero es una magnífica altura, excelente para la defensa. Algunos corazones sensibles se han lamentado de que al rededor de todo el castillo haya completa desnudez, sin verse ni un árbol ni una planta, y hé ahí lo que mas nos favorece; á excepcion de la primera granja, que se halla por lo menos á una distancia de trescientos pasos en línea recta de ese terraplen, no hay para ningun tirador enemigo un abrigo mayor que una topera. A la distancia que puede llegar una bala, se domina desde aquí completamente toda la llanura. Lo único que estorba un poco es el bosquecillo de allá bajo, cuya plantacion creo que pertenece á la señorita Leonor.

— Sí, me reconozco culpable de esa inadvertencia, dijo Leonor.

— ¡Pues bien! contestó Fink con indiferencia, en ese caso pagareis los gastos de curacion si salimos heridos. Cinco ó seis fusileros pueden hallar cómodamente un medio de ocultarse en aquel bosquecillo.

— Es el sitio favorito de Leonor, dijo el baron como para excusarla. Allí tiene un banco de césped y es el

solo lugar donde puede estar con toda libertad al aire libre.

— ¡Ah! dijo Fink, eso es diferente.

Y se volvió hácia el lado donde estaba Leonor, la cual habia desaparecido. Inmediatamente despues se abrió la puerta del corral, y salió Leonor seguida por algunos operarios, marchando en derechura hácia el bosquecillo. Fink, admirado, exclamó desde arriba:

— ¿Qué quereis hacer, señorita?

Leonor hizo con la mano un ademán resuelto, que indicaba claramente que todo iba á desaparecer. Ella misma cogió un tierno pino, y reuniendo todas sus fuerzas lo arrancó de raiz. Los hombres que la acompañaban imitaron su ejemplo. Al cabo de poco rato el plantío estaba arrancado. En su ardor marcial, Leonor cogió en seguida la azada y se puso á destruir el banco de césped.

Antonio habia plantado aquellos árboles con Leonor. Los dos habian estado encantados del buen efecto que producía el bosquecillo. Despues, Leonor habia ido á él todos los dias; cada tronquito era para ella un amigo personal. Antonio contempló en silencio aquella destruccion; al fin no pudo contenerse y dijo con alguna acritud:

— Ese débil plantío, no nos hubiera causado gran estorbo; tú eres causa de una destruccion bien inútil.

— ¡Psch! contestó Fink, Leonor obra con alguna prudencia como un comandante de fortaleza. La primera aplicacion de sus talentos estratégicos es siempre arrasar los establecimientos al rededor de la ciudadela, y ese bosquecillo puede replantarse la primavera del año inmediato. Traed esos árboles al corral, gritó á los trabajadores, quitad tambien la empalizada del pozo, tapadlo y traed las estacas.

Cuando Leonor apareció de nuevo detrás del asiento del baron, Fink le hizo un signo amistoso como á un bisoño camarada, tomó el telescopio y se puso de nuevo á examinar los limites del bosque.

Toda la reunion permaneció inmóvil y silenciosa cerca de una hora. Nadie tenia deseo de hablar, y las chanzas que de cuando en cuando salian de los labios de Fink caian sobre un terreno estéril. Antonio bajó para mantener el orden entre las gentes que estaban en el patio, pero se sintió impelido muy pronto á dirigirse á la plataforma y fijó sus miradas como los demás en el camino del bosque. Al fin, despues de una pausa prolongada, Fink dijo tirando el cigarro:

— El dia va pasando y seria hacer demasiado honor á nuestros huéspedes si continuásemos aguardándolos con este respetuoso silencio. Cuando hemos recibido la noticia de su aproximacion, Wohlfart y yo éramos necesarios en el castillo, y mientras Carlos abusa por esos caminos de las piernas de mi pobre caballo, no teniamos de quien disponer para explorar el terreno. Ahora sufrimos el castigo de nuestra negligencia. Estamos como en una jaula y nuestra gente se fatiga en vano antes de la llegada del enemigo. Es indispensable que uno de nosotros monte á caballo y elija algunos hombre que le acompañen para ir á adquirir noticias. Este silencio, esta tranquilidad no son naturales: no se ve un solo hombre en campo raso ni en los caminos trasversales, y me parece extraño que desde hace dos horas no lleguen fugitivos por el lado del bosque; la nube de humo que se levantaba por la parte de Neudorf tambien ha desaparecido.

Antonio se disponia en silencio á salir de la torre.

— Vé, amigo mio, dijo Fink; lleva contigo los hombres de mayor confianza, indaga lo que ocurre en el pueblo, y cuidado con el bosque de abetos. Aguarda que inspeccione otra vez el terreno con mi catalejo.

Miró largo rato, examinó cada árbol de por sí, y dejó al fin el telescopio.

— No se ve nada, dijo con aire pensativo. Si los señores que aguardamos llevaran otras armas que hoces, me inclinaria á creer que intentan alguna diablura. Pero ahora la incertidumbre nos rodea; cuidado sobre todo con el bosque.

Antonio salió de la torre, llamó al agrónomo y á dos criados, hizo ensillar el caballo del baron y tres caballos de labor de los mas ligeros y mandó al forjador que abriera la puerta. Nuestros jinetes se dirigieron lo primero á la granja. Allí reinaba la mas profunda calma. Las gallinas que Carlos habia comprado algunas semanas antes escarbaban y removian el estercolero; los palomos se fueron volando al techo de paja; un perrito que habia venido desde Kunau con el forjador, se habia instituido él mismo guardian de la granja desierta, y lleno de confianza, acogió á los exploradores con prolongados aullidos. Pasaron por el pueblo y por delante del meson. La sala estaba vacía. Antonio llamó al mesonero. Al cabo de algun rato, el pobre hombre se presentó pálido en el umbral de la puerta, y al ver á Antonio, juntó las manos y exclamó:

— ¡Buen Dios, señor Wohlfart! ¡Vos todavía aquí! Yo os creia hace ya mucho tiempo en Rosmin con el baron y su familia. ¡Dios bendito! ¡qué desgracia! Bratzky ha venido esta mañana á perorar en la sala y ha sublevado á los aldeanos contra el señor del dominio y contra los alemanes, pero no ha podido decidirlos á marchar contra el castillo. La mayor parte de los mozos han ido á unirse con los polacos de Tarow; los que han quedado aquí se han escondido. Yo estoy ocupado en ocultar á toda prisa cuanto puedo.

— ¿Dónde se hallan actualmente los enemigos? preguntó Antonio.

— No lo sé, contestó el mesonero. Pero forman un cuerpo numeroso, en el cual hay tambien hulanos con uniforme,

— ¿Sabeis si hay seguridad en el camino del bosque desde aquí á Neudorf?

— ¿Cómo queréis que lo sepa? Hace ya algunas horas que no he visto á nadie de Neudorf. Si el camino estuviera libre, la mitad del pueblo debiera estar ahora ó en mi taberna ó bien con vosotros en el castillo.

— Teneis razon. ¿Aguardais aquí la llegada de los insurgentes? preguntó Antonio en el momento de partir. Estariais mas seguro en el castillo.

— ¡Quién sabe! exclamó el mesonero. Yo no puedo abandonar mis intereses; si me marchase, todo estaria pronto en mi casa sin tino ni concierto.

— Pero ¿y vuestras mujeres? preguntó Antonio deteniendo su caballo.

— Yo tengo necesidad de alguien que me ayude, dijo al fin el mesonero desesperado. Por jóvenes que sean es menester que permanezcan aquí. Ahí teneis á Rebeca, la hija de mi hermana; es de una familia acostumbrada al comercio, y sabe arreglarse con los aldeanos de manera que aunque esten enteramente borrachos les hace pagar su escote. Rebeca, gritó volviéndose, el señor Wohlfart pregunta si quierdes ir al castillo para estar en seguridad contra las partidas de bribones.

La ancha cara de Rebeca, rodeada de rojos cabellos, asomó de repente por la puerta de la bodega.

— ¿A qué iria yo al castillo, tio mio? preguntó resueltamente. ¿A quién llamais bribones? Nuestros campesinos son la gente mas feroz de todo el pais. Si me hago respetar por esos endiablados, me haré respetar por todos los demás. Mi tio ha perdido la cabeza, y bien es necesario que haya aquí alguien que haga entrar en razon á esos salvajes. Os doy gracias, buen señor, no tengo miedo. Por otra parte los jefes que mandan esas partidas no permitirán que nadie me haga el menor daño.

— Vamos, en marcha, amigos míos, dijo Antonio á sus compañeros.

Atravesaron el pueblo. Todas las puertas estaban cerradas; se veía de cuando en cuando asomarse detrás de los cristales de las ventanas los rostros demudados de algunas mujeres. De esta manera llegaron por el camino real hasta la inmediacion del bosque.

— Por el lado del bosque, dijo uno de los criados á Antonio, hay hácia la derecha del camino una espesura en la que pueden abrigarse con facilidad algunos centenares de hombres sin correr riesgo de ser vistos, y si así fuese se apoderarian de nosotros ó nos cortarían el camino del castillo.

— Tienes razon, dijo Antonio. Volvamos atravesando campos hasta que lleguemos detrás de los zarzales; los troncos están allí esparcidos y aislados. Podremos entrar y salir fácilmente y registraremos á pié el bosquecillo.

Se desviaron del camino real, atravesaron los terrenos baldíos y entraron en el bosque á un tiro de fusil de la reserva.

— Ahora echad pié á tierra, dijo Antonio.

Este y los criados encargaron la guarda de sus caballos al agrónomo, tomaron sus armas y avanzaron con precaucion.

— Disparad hácia el bosque, mandó Antonio, y en seguida volvamos á la carrera en busca de nuestros caballos.

Las órdenes de Antonio se ejecutaron al pié de la letra, y algunos segundos despues un fuego irregular seguido de gritos tumultuosos contestó á aquella descarga. Las balas silbaron por encima de la cabeza de Antonio, pero no siendo la distancia muy grande nuestros hombres llegaron sanos y salvos al lado del agrónomo.

— ¡Vamos, ahora á galope! Ya sabemos lo necesario. No han sido bastante avisados para mantenerse quietos.

La pequeña descubierta regresó rápidamente al castillo por el camino real y llegaron nuestros jinetes á la puerta del mismo perseguidos por las imprecaciones de sus enemigos. Antonio encontró á todo el mundo alarmado en el patio. Fink le aguardaba á la entrada.

— Tú tenias razon, le dijo Antonio, estaban allí emboscados sin duda hace ya algunas horas. Tal vez intentaban ante todo apoderarse de ti ó de los dos en el camino de Neudorf. De este modo el castillo hubiera caido en sus manos sin disparar un tiro.

— ¿Cuál puede ser el número de esos tunantes? preguntó Fink.

— Como puedes figurarte, no hemos tenido tiempo para contarlos, contestó Antonio. Una fuerza reducida forma sin duda la vanguardia, y en el interior del bosque debe haber una columna mucho mas numerosa.

— De todos modos ya los hemos rastreado, contestó Fink. Ahora debemos aguardar su llegada. Para nuestra gente, vale mas que esto haya sucedido antes de ponerse el sol que durante la noche.

— Ya vienen, gritó Leonor desde lo alto de la torre. Los dos amigos corrieron á la plataforma. Cuando Antonio miró por encima de las almenas, el sol al declinar doraba el cielo con sus rayos deslumbradores y daba al bosque un bronceado tinte. Del fondo del mismo avanzaba al trote una fuerza montada como medio escuadron.

Los jinetes provistos de pistolas y sables iban seguidos por mas de un centenar de hombres armados de hoces. El bello crepúsculo de la tarde iluminaba las figuras colocadas en lo alto de la torre. Un abejorro murmuraba alegremente al oido de Antonio y en los aires se oía el cántico de la alondra.

Entre tanto el peligro se hacia cada vez mas inminente. Una larga columna negra doblaba la ligera curva del camino. El abejorro murmuraba siempre y la

alondra continuaba su alegre canto. Al fin la columna desapareció detrás de los primeros casuchos de la aldea. Reinó en estos momentos un silencio absoluto. Todos miraban con avidez el punto por donde debía reaparecer el enemigo. Leonor estaba colocada al lado de Antonio: con la mano izquierda empuñaba un fusil, y en la derecha tenia un morral en el que maquinalmente su mano agitaba las balas.

Cuando la caballería enemiga llegó á la mitad del pueblo, Fink llevó la mano á su gorra y dijo con solemnidad:

— ¡Vamos, señores, cada cual á ocupar su puesto! Tú, Antonio, ten la bondad de conducir abajo al baron.

Mientras Antonio ayudaba á bajar al pobre ciego, señaló á su amigo á Leonor que inmóvil, con el rostro impassible, miraba avanzar al enemigo.

— A vos tambien, señorita, continuó Fink, os ruego que penseis en vuestra seguridad.

— Yo estoy aquí perfectamente segura, contestó Leonor con arrogancia, pegando en el suelo con la culata de su fusil. No exijais que vaya á reposar muellemente mi cabeza en los almohadones de un sofá en el momento en que estais á punto de exponer vuestras vidas.

Fink miró atónito el bello rostro de Leonor.

— Yo no os impido que permanezcais aquí. Si podeis resolveros á ocupar un puesto en este sitio, estareis aquí tan segura como en cualquier otra parte del castillo.

— Seré prudente, contestó Leonor haciendo con la mano un ademán imperativo.

— Y vosotros, amigos míos, dijo Fink, arrimaos á la pared, guardaos bien de sacar un hombro ó de mostrar el extremo de vuestra gorra. No hagais fuego antes de que yo dé la señal con este silbato, que se oirá bien desde aquí. Hasta luego, añadió dirigiendo á Leonor una ardiente mirada.

— ¡Hasta luego! contestó Leonor levantando la mano y siguiendo á Fink con la vista hasta que se cerró la puerta tras él.

Fink encontró al señor de Rothsattel en el vestibulo abismado en un torbellino de dolorosos pensamientos; abatido por las fuertes emociones de aquel largo dia, sentia cuán imposibilitado estaba de ser útil, y sin embargo él mandó militar era una prerogativa de su rango. Algunos años antes, él hubiera personalmente arrostrado todos los peligros. Cuanto se habian debilitado sus fuerzas lo sentia ahora que no podia ya ni desempeñar su papel ni dominar su emocion. Sus manos se agitaban en derredor como si buscaran un arma, y salía de su pecho un penoso gemido.

— Señor baron, le dijo Fink, como vuestro estado de sufrimiento, debe impedirnos tratar con los enemigos, os pido permiso de hacerlo en vuestro nombre.

— Teneis plenos poderes, mi querido Fink, contestó el baron con voz ronca; efectivamente el estado de mi vista no me hace esperar que pueda seros de grande utilidad. ¡Soy un pobre inválido! exclamó cubriéndose el rostro con las manos.

Fink se retiró encogiéndose de hombros, y abrió las hojas de la puerta de encina, destinada á servir de paso para la gradería que todavía no se habia construido.

— Permittedme, dijo Antonio mirando por la puerta, que os conduzca, señor baron, á un sitio en que no esteis expuesto inútilmente á las balas.

— No os ocupeis de mí, jóven, dijo el baron; mi vida es hoy menos importante que la del mas pobre jornalero armado en mi defensa.

— ¿Tienes todavía alguna cosa que encargarme? preguntó Antonio á Fink tomando el fusil.

— Nada, amigo mio, contestó este sonriendo, como no sea que no olvidéis tu prudencia ordinaria si te encontrases empeñado en el combate. ¡Buena suerte!

— Y le tendió la mano. Antonio la cogió, y despues de habérsela estrechado, se fué corriendo al patio.

— Ahora los enemigos examinan vuestro dominio, dijo Fink al baron. Dentro de pocos momentos estarán aquí esos señores. Ya están aquí infantes y caballos. Se detienen cerca de la granja. Una partida de caballería se adelanta, es el estado mayor. Hay entre ellos guapos muchachos y algunos buenos caballos. Dan la vuelta al castillo y se mantienen fuera de tiro de fusil. Son mas prudentes de lo que yo creia. Pretenden entrar. Sin tardanza vamos á oír resonar los aldabazos en la puerta trasera.

Todo permaneció tranquilo.

— Es curioso, dijo Fink. Los usos de la guerra, me parece que exigen que primero se intime la rendicion á los defensores de la ciudadela. Pero calla; los oficiales que daban la vuelta al castillo se repliegan al galope sobre la infantería. ¿Wohlfart les habrá inspirado tanto terror que huyen á mata caballo?

Se oyó resonar la herradura de los caballos y el pesado paso de la infantería.

— ¡Diablo! exclamó Fink. Todo el cuerpo forma en columna delante del castillo como para una parada. Si cuentan tomar vuestra ciudadela por asalto por este lado, es necesario que tengan ideas muy singulares sobre la manera de atacar una plaza fuerte. Se forman delante de nosotros, á doscientos pasos de distancia, la infantería en dos líneas en el centro y la caballería en ambos flancos, exactamente el orden de batalla de los romanos. Es la táctica pura de Julio César. Llevan consigo un tambor que se adelanta. Ese ruido que oís es el redoble de la caja. ¡Ah! ahora el jefe pasa al frente de la fuerza. Se acerca y se detiene pegado á la puerta. La buena crianza ordena que nos informemos de los deseos de ese caballero.

Fink corrió el grueso cerrojo de la puerta que se

abrió con estrépito. Se colocó en el umbral con el fusil en la mano para defender la entrada. Cuando el oficial vió delante de él aquella figura arrogante en traje de cazador, detuvo el caballo y llevó la mano al sombrero. Fink devolvió el saludo con un movimiento de cabeza.

— Deseo hablar al propietario de este dominio, gritó el oficial.

— Contentaos por ahora con hablarme á mí, contestó Fink. Yo le represento.

— Pues bien, decidle al propietario que estamos encargados de poner en ejecucion por lo que á él respecta una orden del gobierno.

— ¿Quisiérais permitirme que os pregunte qué gobierno es ese que ha cometido la ligereza de confiaros una orden para M. de Rothsattel? Por lo que veo, las ideas sobre el gobierno están un poco confusas y enredadas en este momento.

— El comité central polaco es la autoridad á la que vos y yo debemos obediencia, gritó el oficial.

— Es mucha vuestra amabilidad cuando dais el derecho á un comité central de disponer de vuestra cabeza. Permittednos que respecto á eso sustentemos ideas enteramente opuestas.

— Ya veis que contamos con medios para hacer acatar las órdenes del gobierno, y os aconsejo que no nos obligueis con vuestra resistencia á recurrir á la fuerza de las armas.

— Os doy gracias por el consejo, y os estaria todavia mas reconocido si, en vuestro celo, no quisiérais olvidar que el sitio en que estais ahora no es una cuadra pública, sino una propiedad particular, y que los caballos de los forasteros no pueden saltar en ella y refocilarse sin autorizacion del propietario, y yo no creo que la hayais pedido.

— Basta de palabras, caballero, dijo el jinete impacientándose; si teneis realmente el derecho de defender los intereses del propietario de este dominio, os invito á que abraís inmediatamente las puertas del castillo y á que me entregueis las armas.

— Desgraciadamente me encuentro en la enojosa necesidad de no poder acceder á vuestra demanda. Además, debo suplicaros como tambien á todos esos señores de destrozadas botas que están detrás de vos, que os retireis de este sitio lo mas pronto posible. Mis jóvenes tiradores están precisamente dispuestos á probar si podrán alcanzar á las toperas que estais pisando. Tendremos un sentimiento si en este ejercicio herimos en los pulgares desnudos á algunos de vuestros compañeros. Retiraos, caballero, gritó de pronto dejando su tono burlon y con una expresion tan fuerte de cólera y de desprecio, que el caballo del oficial se encabritó y este llevó la mano á las pistolas que llevaba en el arzon.

Durante la conversacion, los jinetes y algunos grupos de peones se habian acercado para recoger alguna palabra. Varias veces los fusiles de los infantes se dirigieron contra Fink, pero fueron desviados por los jinetes que colocaron sus caballos delante de las filas.

A las últimas palabras de Fink una selvática figura vistiendo vieja chaqueta de peñete encará su arma. Salió el tiro, la bala pasó rozando la cara de Fink y fué á clavarse en las maderas de la puerta. Al mismo tiempo resonó en lo alto de la plataforma un grito ahogado, se vió brillar una llamarada en las almenas de la torre y el imprudente agresor cayó derribado de un balazo.

El parlamentario hizo volver grupas á su caballo. Los acometedores retrocedieron y Fink cerró la puerta con llave. Al volverse, vió á Leonor en el primer descansillo de la escalera, con su fusil descargado en la mano y sus grandes ojos fijos en él con espanto.

— ¿Estais herido? gritó fuera de sí.

— No, mi fiel camarada, contestó Fink.

Leonor arrojó lejos de sí el arma homicida y cayó á los piés de su padre, ocultando el rostro entre las rodillas del baron. Este se inclinó hácia ella, cogió su cabeza con las dos manos, y vencido por el sacudimiento nervioso de los últimos momentos, prorrumpió en convulsivos sollozos. Leonor abrazó con un movimiento apasionado el tembloroso cuerpo de su padre y le retuvo un rato sin proferir una palabra. Permanecieron así estrechados uno contra otro, una existencia quebrantada y otra en la que una vida ardiente se mostraba llena de fuego.

Fink miró por la ventana; los enemigos se habian retirado y los jefes se reunieron fuera del alcance de los fusiles, sin duda para conferenciar entre sí. En este momento Fink se acercó á Leonor, y poniendo su mano en el brazo de la jóven le dijo:

— Señorita, os doy gracias por haber castigado tan resueltamente á ese miserable bribon. Por ahora tened la bondad, os lo suplico, de abandonar este sitio con vuestro señor padre. Nos defenderemos mejor si los temores que nos podeis inspirar no distraen nuestras miradas de encima del enemigo.

Cuando Fink tocó en el brazo á Leonor, esta se estremeció y un vivo carmin tiñó sus mejillas y su frente.

— Nos retiramos, contestó con la vista baja; venid, padre mio.

Cogió á su padre por la mano, que la siguió sin oponer resistencia al cuarto de la baronesa. Allí procuró con fuerza heróica recobrar la calma, se sentó á la cabecera de la enferma y no se presentó mas en toda la noche delante de Fink.

— Ya estamos solos, exclamó Fink á los hombres que tenia bajo sus órdenes, ahora es necesario tirar de cerca y apuntar con serenidad. Si vienen á asaltar estas masas de piedra, no ganarán mas que agujeros en la cabeza.

(Se continuará.)

LOS
grandes establecimientos
de la
MARINA IMPERIAL.
INDRET.

(Véanse los N^{os} 786 y 816.)

Vamos á completar y terminar los datos que hemos dado sobre la fábrica de Indret, pasando revista á los talleres donde se funden, se forjan, se tornean y se ajustan las piezas tan numerosas y variadas que componen las máquinas propiamente dichas; pero antes de dejar los talleres de la calderería, debemos decir algunas palabras sobre una curiosa máquina que hay en ellos, y que representa uno de nuestros dibujos: nos referimos al ingenioso aparato inventado por M. Jøessel para medir la fuerza de resistencia de las planchas de hierro batido. Imagínese una especie de romana cuya palanca, que oscila sobre un punto de apoyo fijo, está cargada con un peso cuya posición se puede hacer variar por medio de un tornillo, á fin de hacer mas ó menos considerable el esfuerzo que ejerce cuando obra á la extremidad de un brazo mas ó menos largo.

Este esfuerzo se trasmite á un cuchillo de acero que se apoya sobre el metal que se prueba, en tanto que otros dos cuchillos sostienen el mismo metal por debajo. Cuanto mas avanza el peso hácia la extremidad de la palanca, mas aumenta la carga, y mas se aumenta tambien la flexión que experimenta el metal sometido á la prueba, segun una proporción que una regla graduada permite medir á cada instante de la operación, con una exactitud rigurosa.

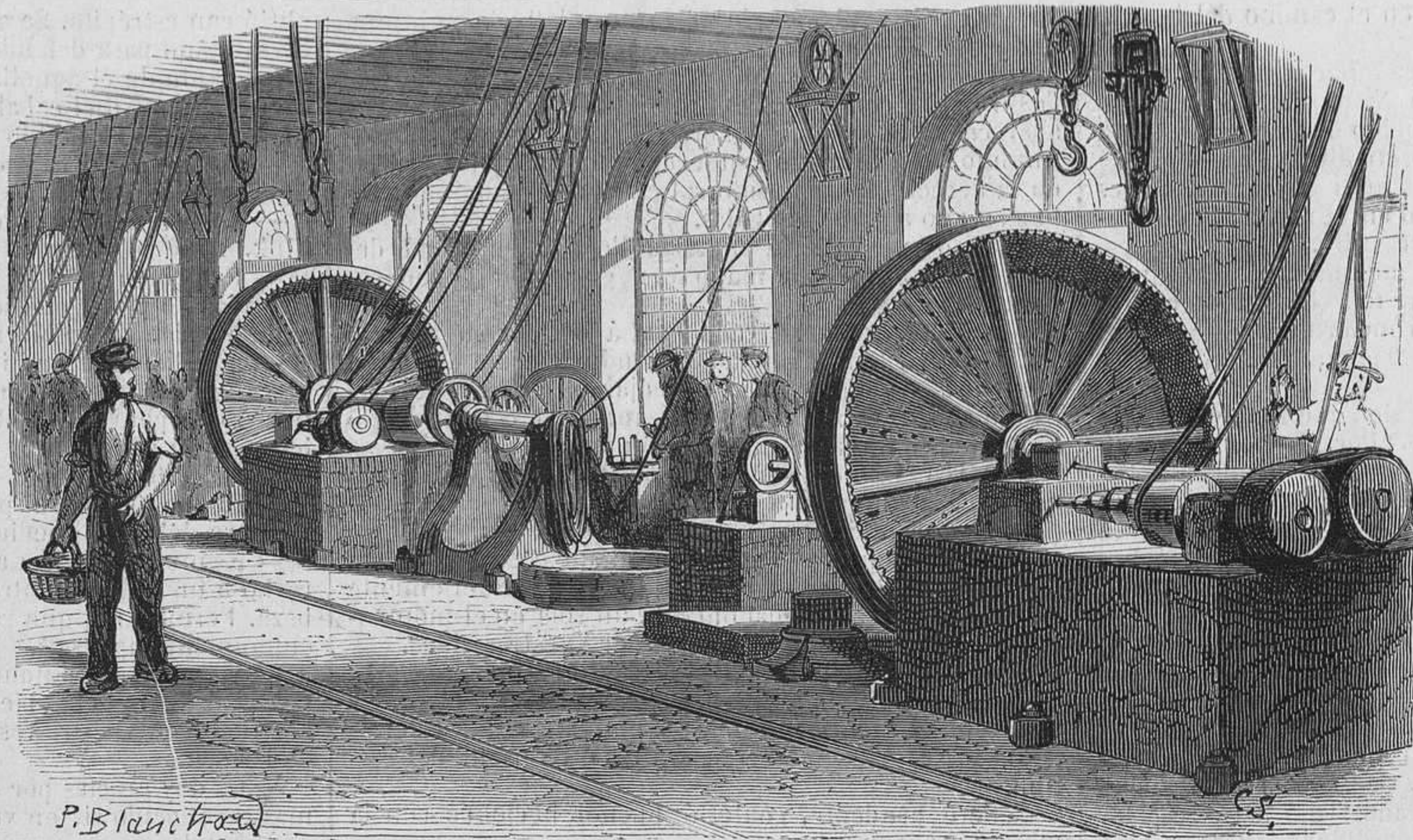
Sigamos ahora la via férrea que se extiende entre los dos cuerpos de edificio que componen los talleres de calderería, y sobre la cual ruedan carros que llevan las piezas mas pesadas á todas las partes de la fábrica, gracias á los ramales que hay y á las placas giratorias.

Atravesemos el gran patio central, y detengámonos en el primer taller que está á la izquierda: es la fundición.

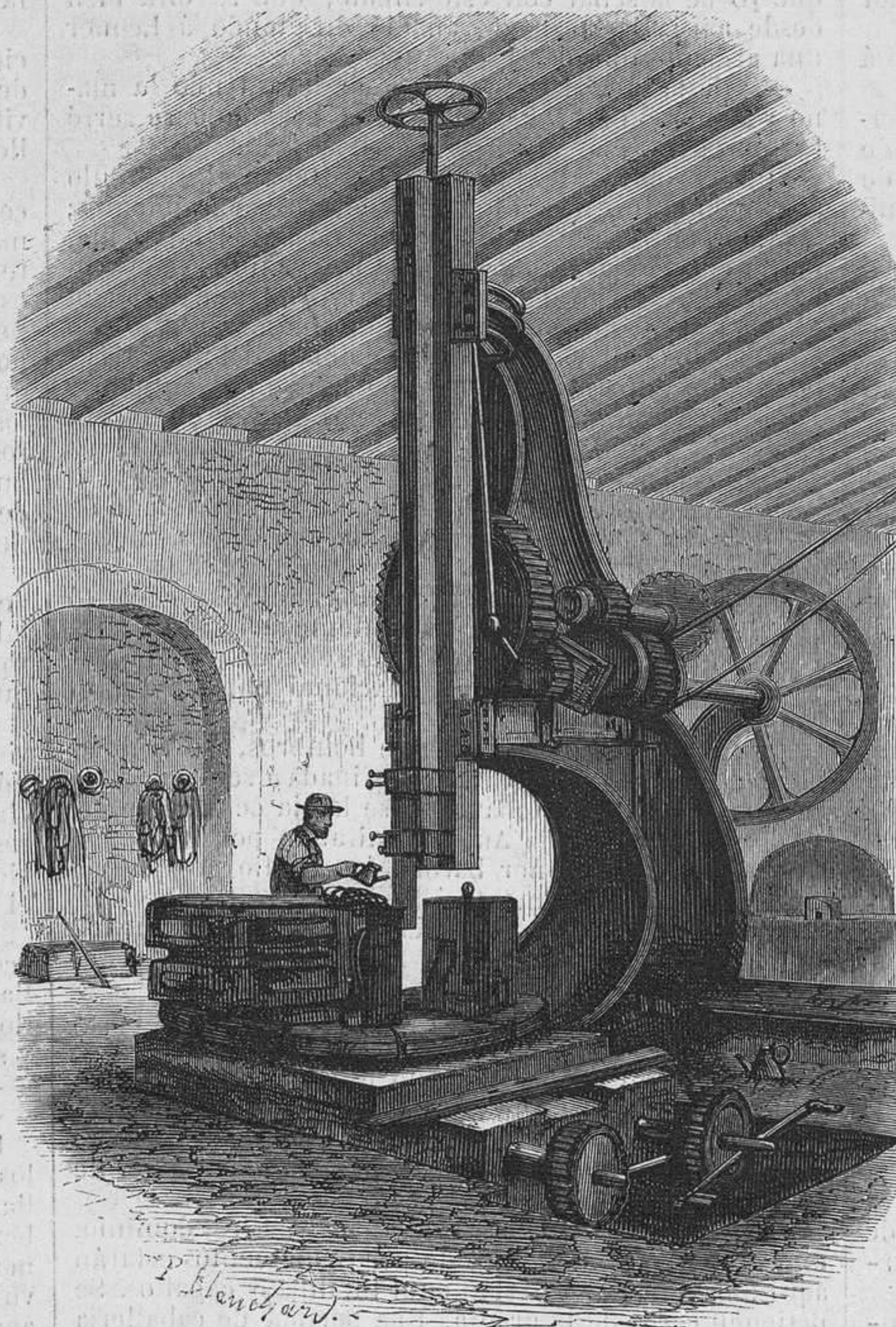
Aquí nos encontramos en un nuevo dominio cuyo estudio es aun mas curioso que el que acabamos de recorrer. En tanto que llegan á la calderería las planchas de hierro batido ya preparadas, y se limitan allí á cortarlas y á coserlas, digámoslo así, unas á otras, trabajo sencillo en su principio, y que no ofrece interés sino en razon á las enormes proporciones de las piezas en que se ejecuta; aquí la fábrica recibe los materiales en el estado bruto, y les sujeta á una serie de operaciones mucho mas numerosas y delicadas, y que exigen mayor número de aparatos. Tal pedazo de hierro ó de cobre que llega á la fábrica bajo forma de barra, de bala de cañón ó de mortero fuera de servicio, suele pasar por manos de diez obreros diferentes antes de recibir la forma precisa que debe tener para llenar su función en ese conjunto que constituye la máquina completa, y cuyas partes todas se construyen simultáneamente en talleres separados.

Estas diferentes piezas se ejecutan de diversos modos, segun la forma que afectan y el modo de acción que deben aplicarlas: las unas se vacían en moldes, las otras se trabajan en la fragua, y todas, una vez que están bosquejadas, digámoslo así, por el uno ó el otro de esos métodos, deben sufrir una serie de operaciones para recibir el acabado y la limpieza de contornos que les es indispensable.

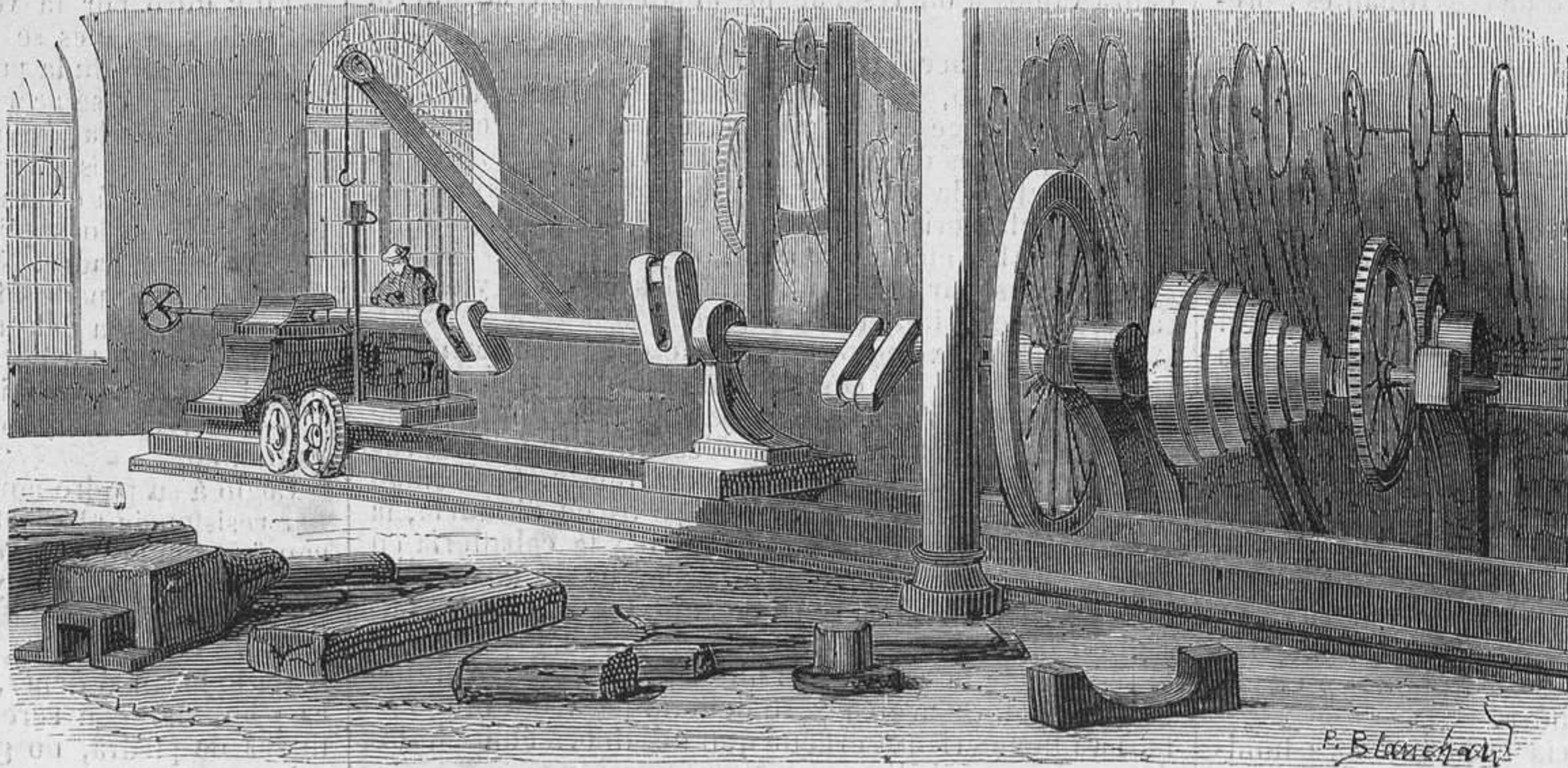
Primeramente es el torneó ó la pulimentación, que tienen por objeto respectivamente redondear la forma exterior de las piezas cilíndricas, y la interior de las piezas huecas; el acepi-



LA FABRICA DE INDRET. — El ajustamiento de los tornos de superficie.



Máquina de burilar.



Torno para los árboles de tres codos.

lado que regulariza las superficies planas. Vienen luego el taladro y la entalladura, que consisten en grabar los filetes de las muescas y en abrir ciertos agujeros que no pudieron ejecutarse en la fragua. Por último, hay la armadura, que tiene por objeto ajustar y colocar juntas definitivamente todas las piezas separadas.

Antes de pasar revista á estas diversas operaciones y de las máquinas que las ejecutan, ocupémonos de la fundición y de la fragua.

En los hornos llamados á la Wilkinson, se opera la fusión de la fundición, que se ha de verter en los moldes. Indret posee ocho de estos hornos, que pueden dar hasta 78,000 kilogramos de fundición á la vez. Se necesitan corrientes de aire de mucha energía para mantener el combusti-

ble en un estado de incandescencia suficiente para hacer líquidas semejantes masas de metal. Los ventiladores que suministran estas corrientes de aire, se componen de un tambor metálico de 2^m, 10 de diámetro, en el cual entra el aire por la parte central para ser rechazado hácia la circunferencia por una rueda de paleta accionada por una máquina de vapor, y que da quinientas vueltas por minuto en el interior del tambor.

No insistiremos en la conocida operación de arrojar la fundición en los moldes, y diremos únicamente que este trabajo se ejecuta en Indret, mejor que en otras partes, gracias al cuidado particular que preside á la preparación de los moldes, y á la excelente disposición del taller, que permite á los recipientes llenos de fundición una circulación rápida y fácil.

Los moldes están en cubiertas de madera guarnecidas de armaduras de hierro, ó están en el suelo cuando la forma que hay que vaciar se presta á esta disposición. Una sección distinta está consagrada al vaciado de las piezas de bronce y de latón, principalmente de las hélices, que se corroerian rápidamente con el contacto del agua salada si se fabricasen de hierro. La del Friedland, que ofrece tan colosales dimensiones, se compone de un solo pedazo de bronce que pesa doce mil kilogramos.

En la fundición solo se hacen las piezas que no han de ejercer en la economía general de la máquina mas que funciones pasivas en cierto modo, como los cilindros, las cajas y sus tapas, etc. Los demás órganos, que en razon del movimiento mas ó menos rápido que los anima, ó de la naturaleza de las resistencias que han de vencer, deben tener cualidades de elasticidad que le faltan á la fundición, se trabajan en la fragua. Las piezas pequeñas se amartillan á mano del modo ordinario; y otras que exigen una fuerza mayor se llevan al martillo de vapor, cuyo mango levanta una rueda que luego le deja caer sobre el yunque.

Pero tambien este último llega á ser insuficiente, y entonces se recurre al martillo-pilon de vapor, que es uno de los mas formidables aparatos que haya podido crear el genio del hombre. Compónese de una masa de fundición adaptada directamente al tronco del émbolo de un cilindro de vapor ordinario, y que se desliza entre dos fuertes montantes. Cuando se introduce el vapor en el cilindro, el émbolo sube llevando consigo la masa de fundición; y cuando se deja escapar, baja bruscamente ó gradualmente, segun lo mas ó menos que se abre la llave de salida. Hoy se construyen martillos-pilones cuya cabeza pesa diez mil, veinte mil, y hasta cincuenta mil kilogramos, y aun se ha podido doblar la fuerza del choque producido por la caída de estas enormes masas, introduciendo vapor encima del émbolo durante la bajada. Nada iguala

la fuerza de este admirable instrumento si no es su docilidad. Con la mano sobre la palanca que arregla la entrada del vapor, el operario que le dirige le gobierna tan á su gusto, que el formidable martillo puede caer impetuosamente con todo su peso sobre el yunque para aplastar de un solo golpe los mas gruesos pedazos de hierro, ó bajar con bastante suavidad para romper la cáscara de una avellana sin aplastar á esta.

Sin el martillo-pilon de vapor habria sido imposible forjar ciertas piezas. Por ejemplo, los árboles se encorvan sobre sí mismos, de modo que presentan tres codos que sirven de manecillas, por medio de las cuales reciben de las varas de báscula el movimiento de rotacion que trasmiten al hélice. Ningun poder humano habria sido capaz de contornear así una masa de metal semejante, y el martillo-pilon hace la obra en algunos momentos. El árbol se calienta primero en un horno, cuya combustion activa el tubo de un aparato de fuelles. Sostenido por el centro mediante una cadena arrollada en la polea de una garrucha giratoria, unos cuantos hombres, que le manejan sin esfuerzo, dirigen la parte calentada sobre el yunque, que tiene un punzon, sobre el cual va á imprimirse el codo, á vaciarse, digámoslo así, para tomar la forma que se desea. A cada golpe del formidable instrumento tiembla el suelo de la fábrica y se ve el metal incandescente que se retuerce sobre el yunque para tomar la forma definitiva.

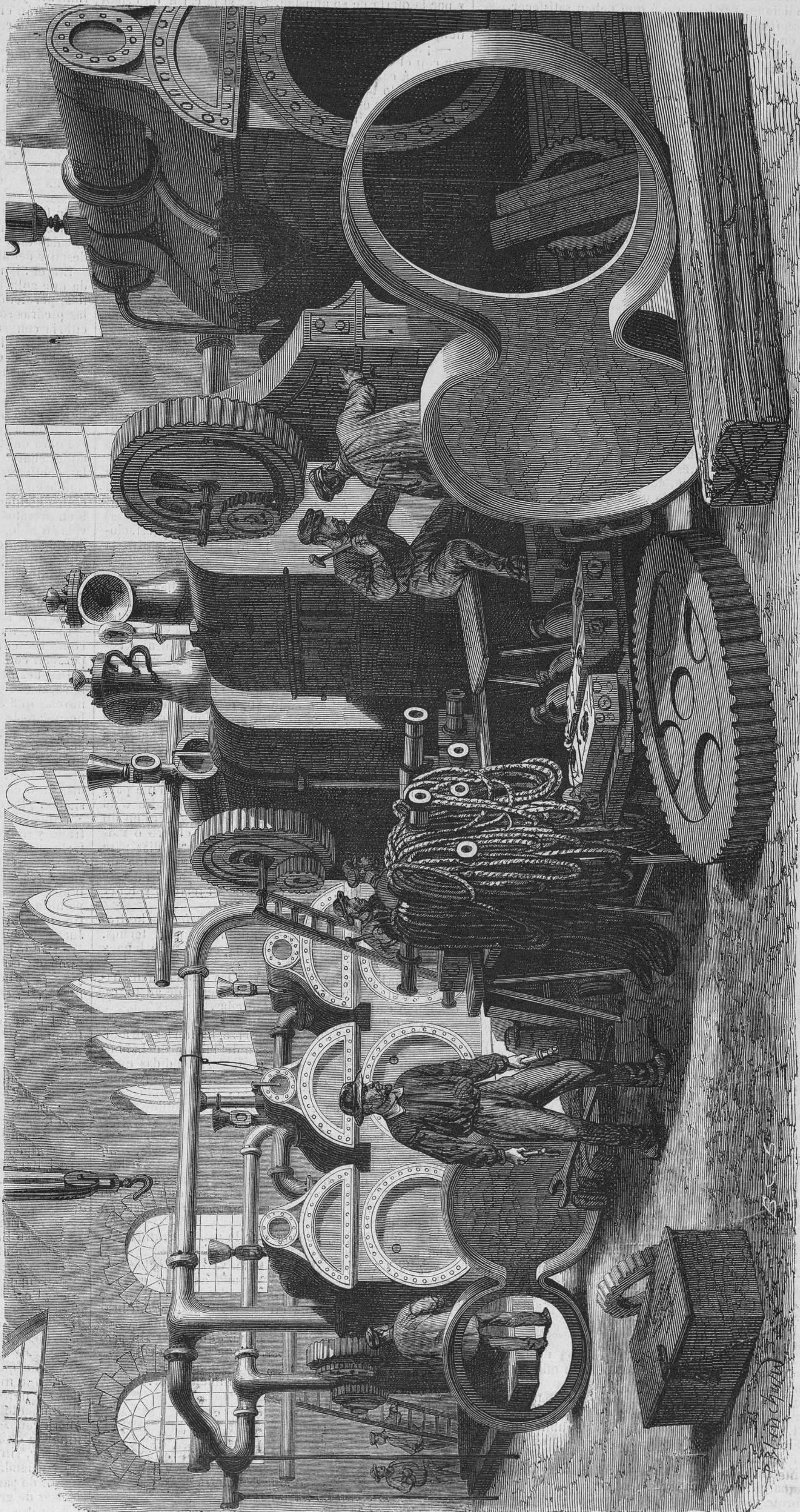
Al salir de la fundicion ó de la fragua las piezas deben sufrir, como hemos dicho, una série de operaciones que tienen el nombre general de *ajustamiento*.

Seria demasiado largo el describir una por una las ingeniosas máquinas que ejecutan por sí mismas, y casi sin el socorro del operario, las obras mas delicadas y complicadas. Limitémonos pues á pasar en revista á las principales, dando á conocer lo mas esencial que tienen.

La primera de todas las operaciones que constituyen el trabajo del ajustamiento, es el *torneo*, que consiste, como sabemos, en regularizar la superficie exterior de las piezas redondas. Los sistemas de tornos son muy numerosos, y el que se emplea mas frecuentemente es el que se llama *paralelo*. Un platillo metálico, cuyo diámetro varia de 4 á 5 metros y que recibe un movimiento de rotacion por medio de una correa de trasmision y de un encaje, ofrece en toda su superficie unos agujeros á los cuales se adaptan tornillos que sujetan la pieza. Enfrente de esta se presenta el instrumento, especie de buril ó de cincel de acero templado, colocado sobre un pié, que gracias á un tornillo, se acerca ó se aparta, segun se quiere. Arreglada así la posicion del instrumento, y andando la máquina, el filo del buril muerde el metal, llevándose raspaduras mas ó menos gruesas. Otro tornillo accionado por un encaje que participa del movimiento del torno da, á medida que avanza la operacion, un movimiento de traslacion al pié del instrumento, de modo que como este se presenta sucesivamente ante todas las partes de la superficie que hay que acepillar, la operacion se hace toda por sí misma y no exige casi ninguna vigilancia.

Ciertas piezas, sin embargo, no se prestan á la disposicion que acabamos de indicar, y ha habido que imaginar otras, como verbigracia, la del torno construido por M. Mazeline para acepillar circularmente los árboles de codo. Las manecillas que tienen estos árboles, inclinadas unas sobre otras, siguiendo ángulos de 30°, hacen que el torneo sea difícil y costoso. El torno de M. Mazeline ejecuta este trabajo con la precision apetecida y con toda la economia posible.

A la operacion del torneo suceden las de la *pulimentacion*, el *taladro* y la *entalladura*, que las hacen máqui-



P. Bonchard

nas poco diferentes en su principio, pero cuya estructura y modo de accion varian hasta lo infinito, segun las condiciones particulares á que deben satisfacer.

El *acepillado* de las superficies planas se opera por medio de un buril que se mueve ya vertical, ya horizontalmente, en tanto que la pieza que hay que acepillar permanece inmóvil. En el primer caso el instrumento se mueve por lo general mediante un excéntrico y una vara de báscula, como en la máquina de burilar que hemos representado; y en el segundo está sobre un pié: una cadena que se adapta á una rueda de encaje, da á este pié un movimiento alternativo adelante y atrás, y viceversa: la pieza que hay que acepillar está bien sujeta sobre la base de fundicion que sostiene todo el aparato. En la Exposicion universal de 1867 se pudieron admirar la precision y regularidad con que estos maravillosos instrumentos ejecutan su tarea; la facilidad con que traza el buril á cada ida y venida su surco en el metal. Indret posee máquinas de estas bastante poderosas para arrancar una viruta de 4 centímetros en un largo de 11 metros, y en las cuales el pié ó carretoncillo que lleva el instrumento pesa 14,000 kilogramos.

Una vez que todas las piezas han pasado por las diversas operaciones que acabamos de enumerar, falta reunir las, adaptarlas unas á otras para que formen un cuerpo, y falta ver si este cuerpo funcionará regularmente. Este último trabajo, el mas complicado y delicado de todos, exige operarios diestros, y se efectúa en grandes cobertizos llamados de *Armadura*, que tienen todos los aparatos necesarios para levantar y colocar en sus puestos las piezas mas pesadas. Estas llegan de los talleres en wagones que ruedan por los rails. La mayor parte de las piezas deben ponerse en presencia y recibir varios retoques antes de articularse definitivamente unas á otras. Finalmente, cuando están en sus puestos respectivos, y ya se ha visto que la máquina funciona, desmontan sucesivamente todas sus partes y las embarcan, como las calderas, para su destino.

Indret termina cada año para unos 2,500 caballos de vapor, y 3,500 caballos de calderas de vapor, y esta produccion podria elevarse al doble, si la marina no hubiese querido asegurarse el concurso de la industria privada, reservando á varios grandes establecimientos particulares el suministro de una parte de las máquinas que la escuadra francesa necesita. Bajo este concepto, como la fábrica de Indret no ocupa mas que la mitad de su material en tiempo ordinario, económicamente no se encuentra en una situacion favorable. Sin embargo, ha conseguido hacer bajar el precio de sus máquinas á 4 franco 80 céntimos por kilómetro, que es bastante. En este punto, la fábrica de Indret es pues verdaderamente un establecimiento modelo, y nuestros lectores nos agradecerán que les hayamos dado á conocer este establecimiento único todavía en su género, tanto por la riqueza de su maquinaria como por la perfeccion de sus productos.

M. D.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

— Eso es porque son jocosos, nada mas.

— Es porque no respetan ellos nuestras garantías de pudor, que son la base de nuestra soberania; y luego nos halagan con la esperanza de hacernos *juradas*... Ahí está la pobre de Pia tan graciosa y tan jóven, condenada á la degradacion por causa del dueño de tierras, forzándola á asistir al trabajo del trapiche, entre una peonada corrompida, sin reglamentos ni inspeccion de ningun género. ¡Pobre Pia! cuando solia venir á trabajar á este trapiche, yo la cuidaba y la aconsejaba hasta donde podia.

— ¡Pero si te digo que en esta materia todo el mundo es Popayan!

— Pero en algunos se hace mas notable, porque siempre están hablando de libertad, y de fraternidad, y de proteccion á las clases desvalidas.

Por la noche, cuando todos estuvieron acostados, y las amigas instaladas en el cuarto de Clotilde, se abrió la sesion sobre el negocio de la carta.

— Aquí está el proyecto de contestacion, dijo Clotilde, lleno de borrones y de majaderias; pero tú me ayudarás, sin duda.

— A ver Juanita.

— Déjame leer á mí.

« Señor don Demóstenes...

— Te *pelastes*, exclamó Juanita. El *don* no es castellano granadino; por lo menos no lo es oficialmente. *Don* no se escribe nunca.

— ¿Pero no se habla? ¿Y como se habla, no dice la ortografía que se ha de escribir?

— Entonces los bobos serán los republicanos que abolieron el *don* de los discursos y de los oficios y lo usan de palabra.

— No fan bobos, que el *real* no lo abolieron, sino que lo adoptaron, con alma, vida y corazon. Pero dejémoslo sin borrar y sigamos.

« Señor don Demóstenes, continuó leyendo Clotilde,

contestando á la muy apreciable de Vd., le doy las gracias por las perfecciones que Vd. se digna atribuirme, y por la oferta de su amistad. Mas, si la carta de usted fuere una manifestacion amorosa, que, por supuesto, tiende al matrimonio...

— ¡No, niña de Dios! Eso hay que borrarlo, aunque sea con el codo, porque ellos nos levantan que andamos siempre á caza de casamiento.

— Pues lo borramos y adelante.

Corregida y enmendada la carta, la copió Clotilde en muy regular letra, y la pegó con oblea blanca porque no hubo de otro color, y la guardó para mandarla con Manuela que debia venir al otro dia por cuatro totumadas de miel para su fábrica.

La vela se estaba acabando, y al abrir la ventana que daba al campo, oyeron las tiernas amigas un canto que no sonaba muy lejos. Pusieron atencion y oyeron lo que sigue:

Dicen que los celos matan:

Los celos no matan, no;

Pues si los celos mataran,

Ya me hubiera muerto yo.

Medecis que teneis una:

¡No solo una, sino dos!

De lo que vide aprendí:

¿Por qué me enseñasteis vos?

A estos acentos acompañaba el crujido de la máquina del trapiche, que resonaba como el canto mas lúgubre que pudiera producir un concierto de los infiernos para el tormento de las almas.

— Es muy tarde, dijo Clotilde. ¿No oyes el canto en diálogo de los dos trapicheros? Es que ya pusieron la *molienda del primero*.

— ¿Por qué será tan triste todo lo del trapiche?

— ¿No ves Juanita, que se trabaja contra las estaciones, contra la sazón, contra la humanidad, contra la razón finalmente?

— ¿Cómo así, Clotilde?

— Se muele todo el año casa pasada ó biche; se hace envilecer y degradar el ente físico y moral con las trasnochadas y el desenfreno; se raciocina sobre los datos falsos de arruinar los animales, los hombres y las cosas para obtener de prisa lo que por el orden natural sucedería por caminos mas seguros y con mas lucro pecuniario.

— Sobre lo último desearia que te explicases.

— Tú eres trapichera como yo, mi querida Juanita, conoces los secretos de nuestra profesion, y sabes que yo no exagero. Fuera de las dificultades de los caminos para las mulas cargueras, en que se les hace brincar zanjias con cargas de doce á catorce arrobas, ó rodar por los despeñaderos, te citaré un solo caso de mal raciocinio. ¿Hay, por ejemplo, que hacer un puente para que pasen las mulas? Pues bien, se hace de balso ó de guarumo para tener que reconstruirlo tres veces en un año, ó se manda echar bagazo sobre el chorro ó manantial. ¿Surge el mismo obstáculo á pocos dias para las bestias? Pues se echa mas bagazo. ¿Se forma un piélagos de barro, que embaraza mas el paso? Pues se repite la operacion, hasta inutilizar el terreno y tener que echar por otra parte.

— Es verdad, el bagazo es la *materia prima* de los trapicheros para puentes, para alumbrado, para techos, para cobertores y sábanas, para tapones, para leña y para adornos.

— ¡Niña! exclamó Clotilde, son las dos de la mañana, y nosotras trasnochándonos de cuenta de gusto, escribiendo cartas sin estar enamoradas.

— Pues durmamos, dijo Juanita.

Por la mañana, antes del almuerzo, fueron las dos amigas al trapiche, que distaba poco de la casa de habitacion. El espectáculo de unas peonadas, tendidas en el bagazo, y de un *chino* que estaba desnudo, desayunándose con caña, sarnoso, barrigudo y lleno de bubas, fué lo suficiente para hacer volver la cara á Clotilde, á tomar por otra entrada.

Mientras las señoritas visitaban la alberca de la miel, la cocina y un caedizo en donde estaba acostado un peon que se habia quemado en un fondo de miel hirviendo, en la quebrada conversaba la cocinera de peones, despues de haber llenado su calabazo de agua, con Rosa, que estaba de cañera, y amolaba su machete en la piedra del lavadero.

— Antoja Mónica, no sabe que le van á agrandar á la cabuya.

— ¿Mas? Antoja... Tras de tener ya diez y ocho brazadas de los brazos de ese condenado capitán, que así los diablos lo han de medir á él en los infiernos.

— ¡Y otra cosa!... Que en la casa grande están bravos con los que vivimos *mal*, como dicen los blancos.

— ¡Eso son cuentos! Ellos por no quedarse sin peones no nos hacen casar jamás. Y que hay otra cosa...

— ¿Qué, Antoja?

— Que en la casa grande hay tambien amor.

— ¿De veras, Mónica?

— *Pus* sí.

— ¿Y eso?

— *Mi sia* Clotilde.

— Ahí sí meto yo mi brazo en la candela, y no se me arde, dijo Rosa.

— Con que la misma criada de la casa grande, que lo vido y me lo contó no hace nada...

— ¿Pero qué vió?

— Escribiendo una carta para un cachaco que está *posao* en la casa de la niña Manuela, mudando temperamento y recogiendo cucarachas.

— Serán cuentos; ó la carta será en contra. Ya verá usted cómo eso no es asina... y hasta luego, que se me hace tarde.

— ¿Y qué afán nos corre? todavía no son ni las ocho siquiera; el dia no es el que trabaja sino el peon.

Juanita hizo una visita de dos dias á su amiga, y por cierto que la dejó consolada.

VI.

LA LÁMINA.

En la semana siguiente pagó Clotilde la visita á su querida vecina; y como para Juanita no habia en la Soledad otro placer que el retiro, la lectura y el baño, despues del almuerzo la invitó al Silencio.

Era el Silencio un charco escavado por una quebrada que golpeaba repartiendo sus aguas en varias porciones, perdiendo el color del cristal por los rechazos de las piedras sobre que se estrellaban. Todo el recinto lo cubria con sus brazos horizontales una extraordinaria ceiba, el único de los árboles que tiene su cepa mas delgada que la mitad del tronco, la cual se eleva como torneada columna hasta la altura de veinte ó mas varas castellanas. El cajeto y el amé, rodeaban por mas abajo las orillas del charco, y en la márgen habia helechos. Era hondo el pozo, y en él se podia nadar con toda la comodidad apetecible.

Fuera del golpear de las aguas en los contornos de aquel charco, no se oia sino el quejumbroso arrullo de la pechiblanca, que de tiempo en tiempo despide un sonido en *sol* de flauta: ¡hu, hu, hu! que es el melancólico gemido de todas las palomas; sintiéndose tambien á ratos el chillido periódico de la guapa que vela su nido, colgado de un gajo de la ceiba á manera de un bolsillo, con un cabestro de una vara de largo, tejido de muy finos bejuquillos. Para llegar al Silencio se camina por una senda impenetrable á los rayos del sol, y á las miradas de los pasajeros, con excepcion del ciudadano Dimas y del ciudadano Elías, que todo lo penetran por sus fueros de cazadores raizales.

Clotilde tenia sus principios propios acerca del baño, como los tenia acerca del baile, que ambas cosas tropezaban con su habitual pudor.

Despues del baño siempre leia Juanita, mientras se le secaba el pelo. Clotilde era mas escrupulosa para las novelas que Juanita: solo leia las que su padre y sus hermanos le indicaban: las demás eran como prohibidas. ¿Qué adelantamos nosotras en nuestro retiro, le decia á su amiga, con enardecer la imaginacion con pinturas exageradas, y nuestro corazon con emociones apasionadas? Los hombres viajan, varían de objetos y disipan ó disminuyen la idea fuerte de que se impresionan. ¿Pero nosotras?...

Habian llevado libros; pero mientras se oreaban los trajes y se secaba el pelo, lo que hizo Juanita fué contarle sus celos á su amiga, capítulo de sus aventuras que hasta entonces le habia ocultado, por muy doloroso tal vez. Sentadas sobre un pequeño barranco alombrado de menudos helechos, con el pelo suelto y la peinilla en la mano, y casi tocadas por las flores entrerosadas y blancas del amé, que las cubrian por encima, Juanita comenzó así su narracion:

— Me habia dicho Jacinta, mi criada, que el segundo tomo de mi *Ivanhoe* estaba en la tienda de la Lámina y que á la hora de misa podriamos pedirselo desde la puerta si yo queria. Y yo me habia figurado que seria una tienda como esas que llaman del Arbol, del Buey ó del Tigre, que hay en los Portales de Arrubla. Efectivamente, al pasar una mañana á las seis, mi criada me indicó la referida tienda. Puse, sin advertirlo, un pié en una grada de piedra, y al llevar el otro al otro lado del umbral, vi peinándose á la tendera, jóven, blanca, de ojos bellisimos aunque rodeados de ligeras sombras, y de traje muy casero, al parecer, la cual me dijo en el acto:

— Siga usted...

— Dispéñeme Vd., le dije, echando un pié atrás con precipitacion.

— Es aquí, mi señora, en donde está su libro, me dijo la criada, no tan parásito que la jóven no lo entendiese.

— Ahora se hace obligatorio que Vd. me diga el objeto de su llegada, pues veo que estoy comprometida, á causa de algunas sospechas... me dijo la jóven.

— Era que me habian dicho que Vd. tenia un libro...

— Tengo algunos, es verdad.

— ¿Un *Ivanhoe*?

— Con una lámina iluminada.

— ¿El segundo tomo?

— Cabal... y mientras le alcanzo puede Vd. tener la bondad de sentarse.

Yo me quedé parada y mientras la jóven trasteaba sobre una mesa donde habia frasquitos, peines, frutas, flores y libros, y pasaba á buscar en una caja, recorri ligeramente con la vista la estrecha tienda de la jóven; ahora conozco que hice mal, mi querida Clotilde, y que ninguna otra señora lo habria hecho; pero lo hice sin advertir, sin caer en cuenta, por mi misma inocencia. Era la tienda una pieza de siete varas en cuadro, á lo sumo, de paredes en parte empapeladas y en parte cubiertas de grabados de modas, de retratos de granadinos ilustres y de granadinos ridiculos, como, por ejem-

plo, una lámina de tres bobos. Entre los ilustres habia tambien caricaturas de aquellos que han pasado por las dos faces del prisma de la vida, auge y caída. Estaba en el frente una cama de vistosas cortinas y lazos de cinta, y de un lado estaba un canapé de zaraza y al otro la referida mesa. En un rincon se determinaba por la ceniza y hollin, un fogon que estaba situado en un pequenísimo departamento de cocina, y en su inmediación, al pie de un tinajero, funcionaba, como cocinera, una mujer que no inspiraba curiosidad ninguna. En el rincon opuesto se veia un ropero, del que colgaban trajes de lujo y un sombrero á la pastora.

—Aquí tiene Vd. el libro, me dijo la jóven.
—Mil gracias, le dije yo tratando de salir de pronto.
—Me interesa, sin embargo, que Vd. sepa de qué manera vino ese libro á mis manos, no sea que Vd. juzgue mal de mí.
—No tenga Vd. cuidado: estoy segura de que Vd. lo compraria.

—No, señora: el libro, aunque ha sido extraido del poder de Vd., no ha sido comprado por mí.

—Pues no puedo dar con la persona que lo ha sacado de mi poder.

—Yo puedo mostrársela, si Vd. gusta, para que en lo venidero no se fie Vd. de nadie.

—Pues no seria malo conocerla, por sí ó por no.

—Aquí está, dijo la jóven, volviendo un retrato que tenia allí puesto al revés contra la pared.

—¿El? dije yo, á punto de caerme, porque mis piés no me pudieron sostener.

—Síntese, me dijo la jóven con mucho cariño. ¿Qué tiene Vd., mi señora?

—Es que el aroma de las azucenas de su florero...

—Pues recuéstese en el canapé, y que la criada corra por entero el bastidor de percala, con que nos ocultamos de las miradas de los que transitan por la calle.

—De ninguna manera, porque me voy.

—Está Vd. indispueta de manera que no puede dar ni un solo paso... caería Vd. en la calle... Huela usted este frasquito...

—¿Y por qué le regalaron á Vd. ese libro? le pregunté como involuntariamente, cuando me vi restablecida de mi acceso.

—Fué que me trajo ese señor libros para leer y se debió de olvidar de la entrega de este, y deseaba yo devolvérselo á Vd. desde que vi su nombre, porque yo sé lo que es una obra mancha.

—¿Y me conocia usted?

—Sí, señora, porque Vd. vivió encima de mí, y yo debajo de usted.

—¿Cómo?

—Fuí arrendataria por muchos meses de una de las tiendas de don Cosme, el padre de usted; y el cuarto de Vd. quedaba casualmente encima. Así es que, cuando daban alguna serenata en la calle ó tocaban el piano, á mí me tocaba mi parte.

—Pues me voy, le dije yo entonces, tomando mi cotidiano y mi camándula de sobre la mesa, donde la habia yo puesto sin saber lo que hacia, y muy arrepentida de haber entrado en la tienda.

—Si Vd. no está muy de prisa...

—Mucho; porque salí á misa, y tocan en la Concepcion en este instante. Me voy.

—Pero le importa á Vd. saber un secreto.

—Lo doy por sabido.

—Es sobre su vida; créamelo usted.

—Otro día, porque me voy á misa.

—Seria tarde, mi señora, me dijo, con una expresion de respeto, de interés y de ternura, de esas que arrancan aun las prevenciones mas fuertes.

—¿De mi vida, decia Vd.? le pregunté, cayendo de nuevo en el canapé, temblando de miedo y de vergüenza.

—Sí, señora, y yo la aprecio á Vd. mucho, para despreciar esta ocasion de salvarla.

—Pues, dígamele; pero pronto, porque me voy.

—¿No es verdad, mi señora, que ha muerto del tifo una criada de la casa de Vd., en la semana pasada?

—¡Cierto!

—¿Y que uno de los niños estuvo desahuciado?

—¿Pero á qué conduce todo esto? ¡Dios mio!

—Que yo puedo evitar ese mal de que está contagiada su casa. Pero es menester que Vd. me atienda mis explicaciones sin afan y... si Vd. me dispensa, sin prevenciones.

—¿Prevenciones yo; con usted?

—Es verdad, Vd. es muy señora. Usted me ha mirado sin irritarse, por lo menos sin dar á conocer el odio. Se ha hecho indiferente como si tal cosa no hubiese pasado, como si no me hubiese nunca conocido.

—Sí, como que la vi un día en la puerta de su tienda... y así una que otra vez, pero no la recordaba bien: lo cierto es que hoy no la conocia.

—Sí, señora, la prudencia ó bien sea el verdadero señorío; porque ese día que ese señor me alzó á mirar llevándolas del brazo á Vd. y á la otra señorita de su casa, y que yo le contesté con poca discrecion, la vi palidecer á Vd.; pero despues ni una mirada, ni un gesto siquiera... porque Vd. es verdaderamente señora... Conque me recuerda... Pues como le decia, yo fui arrendataria de una de las tiendas de debajo de la casa de usted, y no hace sino unos pocos días que me fui á otra parte, y con pena, porque es cierto que la calle me gustaba infinito. Yo tenia buenas vecinas, y entre ellas Dolores, la otra criada de Vd., que solia hacerme sus visitas, siempre que podia la pobre.

Es una vida muy particular la nuestra: guarecidas como las ratas entre los cimientos de las mejores casas

de Bogotá, somos como de nacion separada. Teniendo relaciones íntimas con la sociedad, la sociedad nos desdena; así es que no se ve que nadie nos salude por la calle, como si fuéramos judías de los tiempos antiguos. Pues bien, una de mis vecinas era la niña Modesta, que no se metia ni en bueno ni en malo, que bien puede arder la cuadra, que á buen seguro que ella diga «esta boca es mía.» Da gusto ir á visitarla, porque su tienda es un jardín: tiene tazas de rosas, de zulias, de hortensias, y hasta una olla con una mata de plátano.

—¿Y con qué objeto va Vd. á describirme las tiendas?

—Porque es menester así, para un denuncia terrible que afecta la existencia de su familia; sobre todo la preciosa vida de usted.

—Pero dígamele presto, porque me voy.

—La otra de mis antiguas vecinas es la curtidora, que con su propio gargüero y el de una guacamaya y dos pericos de cabeza colorada que tiene, atruena toda la cuadra, y hasta las que le siguen. Allí deposita un curtidor sus pieles frescas, y aun ella, que es un poco descuidada, conserva comunmente atados de ropa mugrosa; aparte de que el rincon en que duerme el marano que está cebando, no se barre nunca.

La comunista es una mujer muy trabajadora: aplancha, cocina mazato, suele sacar aguardiente, compra menudos para hacer almuerzos los domingos, y tiene fábrica de lavar estaño, ó fundicion, en donde se funden soldaditos, generales, coches y cruces. Esta tienda queda debajo del cuarto de Dolores, quien me ha dicho que de noche parece un horno; y fué la que primero cayó con tifo; porque hemos de estar, mi señora, añadió la jóven, en que yo conozco á palmas la casa de usted, y todo lo que pasa sobre el tifo, y algunas cosas mas.

La otra tienda es la que llaman el Museo; ahí vive la niña Mónica, llamada la directora, quien, fuera de su loro, tiene una cria de palomas y de gatos, dos toches, cuatro pericos chicos, un gallo y cuatro compañeras jóvenes de bastante mérito.

Ahora, yo vivia sola, con mi loro y con mi criada, sin dar que decir en la vecindad, bien que yo no valga nada. Me llaman la Lámina; no sé por qué será.

Con que ahora le digo, que si Vd. puede comprometer á su papá á que les arriende esas tiendas á algunos artesanos, aunque tenga que rebajarles, ó á que las meta al cuerpo de la casa para almacenes, ó para algunos parientes pobres, es seguro que se acaba el tifo en casa de usted. Y todavía no es eso solo, sino las malas consecuencias de lo que las criadas y niñas vean ú oigan... ó piensen acerca de nosotras.

Ya miraba yo á la Lámina de una manera distinta. Su habla dulce, su locucion, que no carecia de gracia y civilidad, el bien que me acababa de hacer y el miramiento con que me trataba; todo iba ya labrando profundas simpatias, que yo moderaba de mi parte, porque así debia ser.

—Ahora sí me voy, le dije, porque ¡qué dirán en casa! ¡Ave María!

—Falta lo mas interesante de mi denuncia, me dijo entonces la Lámina, porque ha de saber Vd., continuó ella, que el curtidor, que las echa de polvorero, tiene escondidos en la tienda de la curtidora unas cuantas arrobos de pólvora desde la revolucion de abril, y esa mujer deja la hornilla prendida muchas noches, y los fósforos regados, y la vela acabándose en ocasiones en el candelero de lata. ¿Y quién quita que Vd. vuele un día como el señor Ricuarte?... ¡No lo permita Dios! y para que esto se evite, es que yo se lo comunico á usted.

Ahora, si yo fui á esa tienda, me dijo la Lámina, fué por esto: yo vivia muy feliz en el canton de Cáqueza con toda mi familia, en una estancia propia; la casa era muy bonita, y teniamos en el patio, donde lavábamos, una alberca entre naranjos, y una mata de plátano guineo, donde anidaban los toches y los cardenales. Todos los contornos estaban empradizados de grama que pastaban los caballos de nuestro servicio y unas vacas que yo misma recogia para ordeñarlas con mis hermanas. Se atrasó mi padre en sus negocios, y nos vinimos con mi madre á la capital. A los seis meses murió mi madre, y yo quedé en la misma casita, protegida por uno que se me habia vendido por pariente. A pocos días los paseos, trajes y regalos vinieron á ahogar mis sentimientos naturales; y los libros, las prohibiciones y los ejemplos á disipar las ideas religiosas. Sin embargo, yo me fastidiaba del ocio, pues con mis manos, en compañía de mi hermana, ganaba la subsistencia en mi país, lo mismo que todas las estancias de mi clase; al principio yo repugnaba, por un instinto de vergüenza y de pudor, cosas compradas tan caro.

Mas el tiempo, la inclinacion, la costumbre sobre todo, me pusieron una venda que no me dejó ya ver mi violenta situacion.

Yo carecia de amistades y de todo trato, porque mi protector no era sino mi carcelero, inexorable, siempre que se trataba de llaves; y si alguien entraba por casualidad en la casa, la vista de las pistolas sobre la mesa, del sable en la pared, del garrote en el rincon, y sobre todo, de sus cejas y de sus inflados labios, lo hacian retroceder en el acto.

Esta vida, al fin, me fastidió, me cansó, me desesperé, y saliéndome una noche á las siete con un lio de ropa debajo del brazo, di por casualidad con una mujer que me dijo dónde habia una tienda desocupada, y dándole con que la pagase adelantada, la ocupé, conservando á la mujer de criada ó compañera. Un caballero que pasaba todos los días por la puerta, que era la de la tienda de la casa de Vd., por algunos descuidos

mios solia verme, siempre triste y siempre leyendo, porque mi tutor me acostumbó á la sola ocupacion de leer novelas.

Por fin entró el dicho caballero á la tienda: era bien parecido y sumamente afable. Yo era desgraciada, jóven, muy pobre, y sin familia de quien esperar algo, ni á quien deshonrar. Don Alcibiades fué desde luego para mí mucho mas apreciable que mi carcelero. Entre los muchos libros que me dió á leer, uno fué el *Ivanhoe*, y no sé por qué no se lo llevó á su dueño.

Yo no sé, mi querida Clotilde, continuó Juanita, qué clase de ascendiente iba adquiriendo la Lámina sobre mi espíritu. La escena debia ser odiosa naturalmente: el primer personaje era un impostor; la Lámina, infeliz ó no, era una rival, es verdad; pero yo le debia dos denuncias de vital importancia; su desgracia no habia consistido en ella... no puedo explicarte lo que mi corazón sentia. ¡Ay de mí! Alcibiades era la causa de todos estos contrastes.

—Sí, Juanita: Alcibiades, que sin querer casarse, sin amarte tal vez, te indispuo con tu familia, te privó de tu quietud y te hizo incurrir en estos comprometimientos, y hoy tal vez ni se acordará de tí.

—Y lo desgraciada que me ha hecho, repuso Juanita; pero oye la conclusion de esta triste historia.

—Don Alcibiades, continuó la Lámina, no se portó bien conmigo: yo le habia cobrado cariño conformándome con que él no me perteneciera ó confiando en que sí, yo no sé, por mayor; y se fué para Europa sin despedirse siquiera de mí; yo he llorado por él; pero ¿qué son las lágrimas en mi estado actual? ¿qué los sentimientos? ¿qué mi porvenir?... Y cuando me acuerdo de mi tierra, de mi estancia, del lavadero, de mis propiedades, y comparo todo con estas cuatro paredes alquiladas, con este fogon y estas cortinas, con este tinajero y este ropero, y cuando pienso en la cama del hospital que me espera...

Al decir esto la Lámina, continuó diciéndole Juanita á su amiga, se cubrió los ojos con un pañuelo de batista, y parecia que se esforzaba por ahogar sus sollozos; pero luego que estuvo algo tranquila, continuó:

—Y sin tener ya los consuelos de las creencias y de las esperanzas; porque tanta lectura y tantos raciocinios falsos de mi carcelero, por fin me condujeron á un indiferentismo tal, que nada me atrae.

—Pero todavía es tiempo, le dijimos á la vez Jacinta y yo.

—De nada, porque dudando una vez...

—¡Desgraciada! exclamé, no desespere Vd. de la misericordia de Dios: escoja Vd. otra clase de vida, que en la Nueva Granada ninguno se muere de hambre.

—Cierto, mi señora, contestó ella, no es de hambre materialmente que se muere aquí, como dicen los *Misterios de París*, que sucede en Europa; es el hambre de figurar, el hambre de lucirse la que puede conducir al despenadero, cuando no sea alguna pasion desordenada... Y despues... ¡ah! Usted no sabe lo que es el hambre de una alma abandonada por todos... En mi tierra todas trabajan; en mi tierra hay celo por la buena conducta; por eso hay salud, matrimonios, y hay tambien mucha limpieza en las calles y mucho orden en todo. Y aquí tambien si quisieran podria dar una disposicion el gobierno, para que nosotras viviésemos en un harrio aparte, y entonces veria Vd. cómo los ricos nos hacian casitendas, porque para ellos valdria esto mas que terneros debajo de sus casas y entre sus familias dando mal ejemplo.

—¿Cuándo! si aquí defienden tanto las garantías...

—Pero me voy, le dije á la Lámina, adios, adios.

—Adios, mi señora, me dijo ella, y me alargó la mano. Yo cogí mi *Ivanhoe* y mi camándula y me salí pronto. En la misa me acordé varias veces de la pobre Lámina y rogué á Dios por su conversion; despues la he recordado con alguna frecuencia.

—¡Pobrecita! dijo Clotilde, ya verás que ella no tiene la culpa. Si pusieran los ricos cigarrerías, ó cualquier clase de fábricas en que se ocupasen las desgraciadas, no habria tantas mujeres perdidas.

Cuando esta relacion se concluyó, estaba ya seco el pelo de las señoritas, y hasta sus trajes de baño. Luego que llegaron á la casa grande, se sirvió la comida, por la tarde se fué Clotilde con su padre, y Juanita se quedó en la Soledad, de donde no volvió á salir hasta las fiestas de la parroquia.

IV.

EXPEDICION Á LA MONTAÑA.

En dos capítulos seguidos hemos tratado de dar á conocer los habitantes del Retiro y la Soledad, que aunque no representan el primer papel, ó no *juegan el primer rol*, necesario era que acompañaran á los héroes de esta historia por las relaciones que tuvieron con ellos.

Volviendo á don Demóstenes, á quien dejamos entrando, armas al hombro, en su casa, al fin del capítulo cuarto, y cuyo súbito amor por Clotilde hemos sabido por la confidencia que esta hizo á su amiga, diremos que, mientras palos iban y venian, él no se olvidaba de proporcionarse todas las distracciones que se pueden hallar en la parroquia de... teatro de los sucesos que narramos.

Habiendo aceptado el convite que le hizo el señor cura, de ir juntos á algunas expediciones por los alrededores, se fijó, como articulo primero del programa, un viaje á la montaña. El plan del viaje habia sido es-

tudiado y presentado por el cura, como el fiambre fué aderezado por Manuela.

El baquiano era *ñor* Elias, famoso cazador de osos y cafuches, quien conocía todos los montes como las palmas de sus manos. El traje de este era un pantalon muy raído; en lugar de camisa tenia una camiseta pequeña, un sombrero redondo que casi ni ala mostraba, y unos zamarros que apenas bajaban á la rodilla. Al costado le colgaba un *carriel* mugriento que él llamaba *chuspa*, en el cual cargaba tabaco y el recado de candela, agujas y una navaja pequeña.

A la entrada del bosque visitó don Demóstenes unas piedras con pinturas de los antiguos panches. Estaban en partes cubiertas por helechos y otras plantas, pero el baquiano las despojó con su cuchillo de monte.

Aparecían allí unos círculos y figuras espirales, unos cuadrados y unas manos al parecer estampadas, todo trabajado como á punta de pico. Un remedo de la pintura de una mujer aparecía en una faz de la piedra y en una especie de cruz, con los extremos de los brazos vueltos hácia arriba. Era majestuoso el sitio tanto por lo presente como por lo pasado. El silencio de los bosques, la presencia de don Demóstenes, de José y de Ayacucho; aquellas pinturas antiguas, adoratorios tal vez, de una nacion guerrera y populosa; todo era para meditar, para llenarse por lo menos de una imprescindible melancolía

— ¡José! le dijo en fin don Demóstenes á su criado. ¿Tú sabes qué es esto?

— Sí, mi amo... pinturas de los *antiguos*.

— ¿Y esos, quiénes eran?

— No sé, mi amo.

— ¿No?... ¿No sabes que son tus abuelos? ¿que son tus mayores, despojados de su libertad y de sus tierras por unos filibusteros de tantos?... ¿y no sabes que otros filibusteros modernos coronarán la obra, defraudándolos con viciosas reparticiones; y que otros negándoles la saludable tutela de la ley, que los daba por ineptos en los negocios, los acabaron de despojar con la ley en la mano?

— Sí, mi amo: yo vendí mi derecho de tierra sin saber lo que vendía.

— Pues bien, José. Estos monumentos son los adoratorios sagrados de tus abuelos, que adoraban al sol. Sabrás que nosotros hemos dicho «que habria sido mejor no haberles cambiado á los indios sus inocentes ritos;» y las cosas se dicen porque se sienten... Ven acá, arrodíllate y adora el sol.

— Sí, mi amo, dijo el indígena, y se puso de rodillas en el suelo, mirando la piedra de frente.

— Di una oracion ferviente que nazca del fondo de tu corazon.

— Por la señal de la santa cruz...

— Eso no es para nuestro caso; no seas tan bruto.

— Dios te salve, *Maria*...

— Menos, hombre... Yo te iré diciendo y tú repites la oracion.

— Sí, mi amo.

— ¡Oh sol, que concedes vuestra soberana luz...

— Tu soberana luz.

— Iguamente al blanco que al negro, y que al indio...

— Y que al indio.

— Y lo mismo al cristiano que al mahometano...

— Cristiano.

— Recibid hoy el mas ferviente voto de adoracion que os tributa José Fitatá!

— ... que disfruta José Fitatá.

— Ahora, continuó don Demóstenes, levántate, José, coge unas flores de siempreviva, y bótalas al pié de la piedra en ofrenda á los manes de Nenqueteba, de Tisquesusha y de Quemuchatocha.

(Se continuará.)



La señorita Minnie Hauck.

Minnie Hauck.

La nueva artista de la compañía italiana de Paris, que acaba de debutar con el papel de la *Sonámbula*, no tiene mas de diez y siete años. Nació en Nueva York el 16 de noviembre [de 1851. Su padre es un distinguido erudito de Alemania, que despues de haber tomado parte en el movimiento revolucionario de 1848 emigró con su familia á los Estados Unidos. Sin embargo, el recuerdo de la patria permaneció siempre vivo en su corazon como en su pensamiento, y cuando su hija vino al mundo la dió el dulce nombre de Minnie.

Desde la edad de ocho años la preciosa niña se distinguió por sus disposiciones filarmónicas en la iglesia metropolitana de Nueva York; pero el suceso que tuvo en su carrera una influencia decisiva ocurrió en el Kamsas en medio de las tribus indias.

M. Hauck que vivía en medio de las tribus indias adictas á los Estados del Sur, supo una vez que M. Jérôme, un acaudalado habitante del Norte, habia caído en manos de una partida de indios, los cuales despues de haber puesto á su prisionero en la absoluta imposibilidad de moverse, le colocaron sobre los rails de un ferro-carril en el momento en que debia pasar un tren rápido. Ya se oía el estridente silbido de la locomotora, cuando una jóven se lanza sobre la via armada de un puñal y liberta de una muerte horrible al desdichado cautivo.

Esta jóven tan valerosa era Minnie Hauck. M. Jérôme no olvidó el rasgo de valor á que debia la vida. Algunos años despues mandó construir en su casa de Nueva York un magnífico teatro donde hizo la jóven sus primeros ensayos dramáticos. Finalmente, cuando Minnie Hauck debutó en la Academia de Música de Nueva York, M. Jérôme la entregó una suma de 100,000 dollars.

Ya tenia la jóven asegurado el porvenir; sin embargo, no por eso ha querido renunciar á su carrera artística. H. V.

Un trineo del siglo XVIII.

El trineo que representa nuestro dibujo es una bonita obra del siglo XVIII, de un trabajo verdaderamente notable por la elegancia y lo acabado de sus esculturas.

El cuerpo del vehículo está formado por una sola pieza de madera de encina, y las principales figuras que le adornan, la *Fama*, *Diana* y dos *tritones*, fueron ejecutadas por un artista de talento.

Cada una de estas figuras ofrece el sello de la escuela artística que dominaba en el siglo último. Jamás los dioses y diosas del Olimpo se habian presentado á nosotros con formas mas esbeltas, graciosas, y encantadoras.

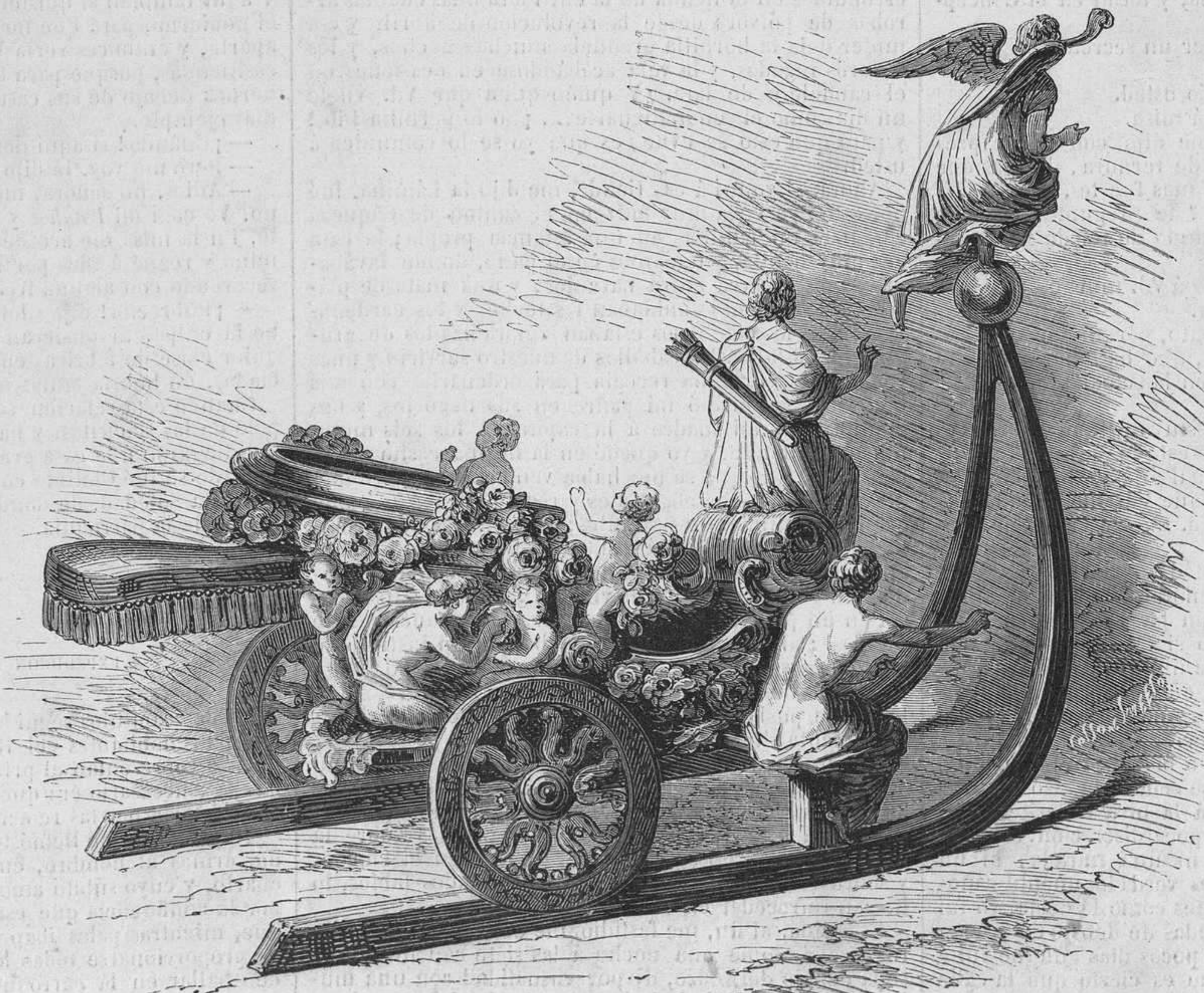
El artista que esculpió las figuras y ornatos de este trineo era seguramente un discípulo de la escuela que reconocía por jefe á Boucher.

Las figuras grandes se armonizan perfectamente con

los detalles del ornato y se comprende muy bien que este objeto de arte haya figurado á justo título en el número de las curiosidades artísticas recogidas por altos personajes.

Habia en la Exposicion universal de 1867 en el compartimiento reservado á los pueblos del Norte, un gran surtido de trineos de una construccion perfecta, y todos ellos merecían seguramente la aprobacion de los hombres entendidos; pero lo que constituía el valor de estos diferentes modelos, era el confort, la solidez, el dibujo mas ó menos elegante de la forma. Algunos de estos objetos eran muy lujosos. Sin embargo, ninguno ofrecía como el que se ve dibujado en esta página, el mérito de una ejecucion artística, que le hace verdaderamente una obra de arte.

Este trineo perteneció sucesivamente al príncipe Carlos Teodoro, elector del Palatinado, y á la gran duquesa Estefanía de Baden, sobrina de la emperatriz Josefina é hija adoptiva de Napoleon I, quien le mandó vender con otros muebles y objetos de arte. Es un objeto único en su clase. P. P.



Trineo del siglo XVIII, que perteneció á la gran duquesa Estefanía de Baden.